MISIÓN PLANETA AZUL

ZAHI

MISIÓN PLANETA AZUL

Santuarios.com

Bogotá, Colombia, 2000

SEGUNDA EDICION
Septiembre 2000

EDICION Y DIAGRAMACION
Santuarios.com

DISEÑO PORTADA
Zahi

Nave extraterrestre de la portada, cortesía FIGU, Suiza, Nr. 66

Derechos Reservados por el Autor

Elaborado para Internet por Santuarios.com

"Este no es un mensaje para convencer incrédulos, es un llamado de alerta para despertar dormidos".

La búsqueda

Han pasado ya varios meses desde que dejé aquel planeta azul, y aquellas personas que tanto amo. Mi ser ha crecido enormemente por todas las experiencias que viví allí. Hoy me encuentro escribiendo este informe, no para mis superiores, sino para mí mismo, o para alguien que algún día en la Tierra pueda llegar a leerlo. He aprendido mucho sobre el destino del planeta y sé que pocos humanos saben lo que se avecina, y la razón de ello.

Con esta historia real que narro aquí, busco recordar todo aquello que me sucedió. Quizás, si las leyes de la Creación lo permiten, con esta narración algún humano que ha estado durmiendo pueda despertar y recordar su verdadera misión en el planeta.

¿Quién soy yo? Bueno, digamos que soy un habitante del cosmos. No soy como los humanos. He tenido experiencias que pocos seres han vivido. O si lo han hecho, ya lo han olvidado. Para algunos soy un extraterrestre. Sin embargo, esta palabra me hace sentir como un extraño. Comprendo que hago parte de todo y de todos los seres. Hoy en día me siento más humano que nunca.

Al comienzo me encontraba allí, en la gran ciudad. Mi apariencia era la de una persona joven y con vestiduras muy pobres. Rodeado de millones de personas y, sin embargo, muy solo. Todas ellas conducían con afán sus vehículos, o caminaban rápidamente por las calles rumbo a su trabajo o estudio. En todo momento recordaba a Zitnia, el lugar de donde vengo, y el contraste entre estos dos mundos me afectaba profundamente.

—Jendua, debes comprender que cada mundo posee lo que necesita— me decía mi guía antes de bajar a ese planeta—. Cuando estés en la Tierra verás grandes contrastes; no debes pensar que los terrestres son desafortunados, simplemente están en un medio en el cual deben aprender. En algunos mundos como este, aun teniendo las dificultades materiales, el corazón puede ir despertándose hacia las riquezas espirituales.

Algunos, rodeados de muchos lujos, erróneamente se sentían grandes. Otros, al no tener las mismas comodidades materiales que pocos poseían, erróneamente se sentían pequeños. Lo que más me afectaba era ver en muchos

de ellos cómo en su pecho no brillaba la luz amorosa de su ser interno. Su aura irradiaba levemente un color grisáceo y sus pensamientos eran muy discordantes. Muy pocos comprendían el verdadero sentido de la existencia. No entendían el propósito de su paso por este planeta. Tampoco llegaban a imaginar lo que vendría más adelante, fruto de sus irresponsables acciones. O quizás lo intuían, pero se negaban a afrontarlo entregándose a la rutina diaria. Muchos ni siquiera buscaban en su interior a su guía, ni sentían la presencia de Dios o de la Creación en cada hoja, en cada árbol, en cada gota de lluvia o en cada átomo del aire que respiraban, ni en cada ser que les rodeaba. En medio de millones de hermanos, ellos se sentían seres aislados, individuales, solos... Aún faltaba mucho para que expandieran su luz amorosa y se hicieran uno con el universo.

—Así tiene que ser —me explicó mi guía—. En la Tierra y en lugares similares se aprende de esa manera. Cuando estés allá abajo, los verás imperfectos, inconscientes de la realidad y del propósito de su existencia. Sin embargo, a pesar de esto, debes sentir su ser interno, perfecto y puro, irradiarles amor y darles ánimos para continuar. Debes mirar más allá de lo que la tercera dimensión te muestra.

Y mi guía tenía razón. Si yo observaba de la misma manera que ellos lo hacían, sólo veía injusticia, dolor, egoísmo, ansiedad y soledad. Llegué a sentirme deprimido y me avergonzaba por eso, pues la depresión es un crimen en el lugar de donde vengo. Con ella sólo logran irradiarse pensamientos discordantes impidiendo la ayuda a otros seres y a sí mismo.

Y allí estaba, en aquel planeta, en mi nueva misión.

—La Tierra está próxima a una gran cambio cósmico —me había dicho el comandante de la misión. Eso era lo mismo que me enseñaba mi guía.

Sabía que el cambio vendría muy pronto y que seres como yo, de varios planetas, llegábamos a la Tierra a ayudar a nuestros hermanos cósmicos. Esos cambios no son fáciles y no todos están preparados para afrontarlos. El momento de la cosecha se acercaba, decían los guías. Era el punto de convergencia de muchas fuerzas de diferentes dimensiones en un mismo lugar del universo y en un mismo momento de la evolución. Y algunos que ya habían sido enviados anteriormente permanecían dormidos. Parece increíble que un ser que ha estado viajando por innumerables mundos, aprendiendo y ayudando, al llegar a la Tierra se hubiera olvidado de todo.

—Parte de tu misión es despertar a Zendor y así ayudar a despertar a otros como él —me aclaraba mi guía—. Él fue enviado hace muchos siglos y con el

tiempo ha olvidado el verdadero propósito de su misión. Al despertar, el ayudará a otros a abrir su corazón y a recordar su verdadera identidad.

* * *

El agua escurría por las paredes. Algunas ratas caminaban por el piso. El túnel estaba casi totalmente oscuro. Sin embargo, no tenía temor alguno. Mentalmente irradiaba de luz la alcantarilla. Imaginaba cómo de mi frente salía un rayo de luz que llenaba todo, y al hacerlo, así sucedía. Había muchas energías y pensamientos tristes en aquel lugar. Los niños, los jóvenes y los adultos que vivían en las alcantarillas inundaban con esos pensamientos aquel sitio. Irradiando una energía violeta a mi alrededor, lograba purificar el aire enrarecido y así respirar aire puro.

Caminaba sigilosamente por allí. Sentía la presencia de tres personas más adelante, a la vuelta del túnel; eran una mujer, un muchacho y un bebé. Sólo esperaba que mi disfraz funcionara bien.

Tan pronto llegué allí, ellos me observaron con temor. Su aura cambió de color de inmediato, y en sus pensamientos percibí un recuerdo del "Rata"; así llamaban al asesino que recorría estos lugares. Normalmente estos jóvenes de las alcantarillas mantienen una hermandad entre ellos. En estas profundidades, bajo esta gran ciudad, se sienten protegidos del frío y del desprecio de sus habitantes. Pero últimamente había un loco que recorría las alcantarillas y asesinaba a todo aquel que se cruzara en su camino. Y estos tres seres pensaban que yo podría ser aquel desquiciado.

Para calmarlos, concentré mi mente en pensamientos de amor y utilicé el sonido para que esta energía tuviera más poder. Comencé a silbar una suave secuencia de notas que resonaron en el interior de esta alcantarilla. Las paredes empezaron a irradiar una luz rosa y el aire se llenó de un agradable aroma de flores. Aun cuando ellos no tenían la capacidad de percibir este hermoso concierto de luces y vibraciones, sí sentían esa energía de paz y amor, y se tranquilizaron. Su aura se tornó mas estable y armónica.

Me acerqué a ellos y los saludé. Pude notar cómo el bebé que la señora apretaba en sus brazos tenía un aura muy brillante. En su pecho vi claramente una gran irradiación y al observar su aura, en mi mente aparecían imágenes de un hermoso planeta cerca de las Pléyades, lleno de seres amorosos. Comprendí en ese momento que aquel era un ser muy valeroso que había escogido nacer en ese ambiente hostil. Seguramente tenía alguna misión muy especial para desarrollar en años futuros en la Tierra ya renovada.

—¿Quién es usted? —me preguntó la mujer, aún un poco preocupada con mi presencia.

—Me llaman Toto —le dije—. No he comido nada hoy y tengo hambre. ¿Tienen algo que pueda comer?

Ella me observó detalladamente y, como le agradé, le pidió al joven que la acompañaba, su amigo, que me diera algo de lo que habían recogido hacía unos instantes allá arriba, en la basura.

En ese momento me arrepentí de haber tratado de parecer tan natural pidiendo algo de comer. El muchacho sacó de una bolsa plástica sucia un gran pedazo de pescado maloliente. Me lo ofreció y tomé sólo una porción muy pequeña. La irradié de mucha luz hasta que su mal olor desapareció y su estructura molecular cambió. ¡Nunca había comido algo así! Lo probé sólo una vez, y tan pronto como pude me deshice del resto sin que se percataran de ello.

Luego de una corta conversación con ellos, me despedí dando las gracias y seguí adelante aquel lugar. Sentía algo de las vibraciones de Zendor allí, pero no me era fácil precisar dónde estaba. Había pasado por ahí, pero no sabía cuándo había sucedido.

Por tal motivo salí a la superficie. El cielo estaba un poco nublado. La gente pasaba a mi lado y, aun cuando aparentemente no me observaban, en su mente no podían dejar de lado la imagen temerosa que les causaba mi triste aspecto. Caminé por una calle hasta un parque. Busqué un sitio alejado y tranquilo, me senté entre algunos árboles, donde percibía una energía muy bella. ¡Ah!, si los humanos sintieran realmente el ambiente de alto nivel energético que crean los árboles, sus ciudades no tendrían edificios, sino bosques, y vivirían rodeados de hojas y cortezas.

Cerré mis ojos, controlé mi respiración y me cubrí de una atmósfera de luz. Comencé a sentir la presencia de Dios en todo lo que me rodeaba; en cada hoja de cada árbol, en cada átomo de aire que respiraba y en cada gota de agua que flotaba allá arriba, en las nubes, próximas a caer sobre la ciudad. Llevaba varios días sin comunicarme con mi guía y necesitaba escuchar sus consejos.

Sentí cómo mi cuerpo en tercera dimensión se iluminaba. Me transformaba en luz y ya la materia no me controlaba más. Como una gran esfera de energía me expandía por toda la ciudad. Sentía a todos sus habitantes y a la presencia divina que hay en cada uno de ellos. Sentía el amor que nos une en este estado de conciencia. Así mi mente se elevaba aún más. Me vi en el espacio exterior a

la Tierra. Vi las naves de la flota a la que pertenezco; no me detuve allí. Sentía que ese día sí podría comunicarme con mi guía espiritual en dimensiones sutiles, por lo tanto no debía tratar de contactar a mis compañeros de la flota espacial, sino tratar de ascender más y más.

Me vi viajando por un túnel de luz blanca y llegar a un lugar luminoso, lleno de armonía. Estaba allí, en esa dimensión. Sentí la presencia de mi guía y observé su rostro, o la imagen que él proyecta hacia mí para ayudarme en la comunicación. Lo vi con su cabello y barba blanca y con su hermosa sonrisa.

—¿Cómo estás, amigo mío? —me preguntó.

—Muy bien —le respondí—. Un poco triste de no haber podido hablar contigo antes. Como ya sabes, no he hallado a Zendor. Sólo encuentro personas con muchos problemas, seres encerrados en lugares lúgubres. Y otros, también prisioneros en sus temores, ansiedades y deseos materiales.

—Debes irradiarles mucho amor —me dijo mi guía—. Nosotros desde estas dimensiones hacemos lo mismo, pero esa energía no puede descender completamente, pues han creado una gran coraza alrededor del planeta y alrededor de sí mismos. Al tú estar allí, en su dimensión, puedes canalizar esas energías y ayudar a elevar el nivel vibratorio de su planeta y así permitir que la transición hacia el nuevo estado se produzca de una forma más suave.

Mientras mantenía esta comunicación con mi guía, alrededor mío comenzaba a cambiar el clima. Una suave lluvia caía sobre mi cuerpo. Esto me desconcentró un poco y tuve que despedirme de él. Volví a despertar en mi cuerpo y me vi entre los árboles. Me sentía feliz de haber podido contactar a mi guía nuevamente. Sentía una gran alegría que llenaba todo a mi alrededor. Veía las gotas de agua luminosas y cómo limpiaban todo el ambiente. El aire se tornó más fresco y puro. Esperé un poco más a que cesara la lluvia y salí del parque, de regreso a las calles y a la búsqueda de Zendor.

Una nueva familia

— No me importa que digas. ¡Debiste pensar en eso antes!

—¿Si? Cómo puedes ser tan injusta conmigo. Todo lo que me he esforzado por esta familia, ¿y así me lo pagas?

Escuchaba en mi mente esta discusión. Me detuve frente a una lujosa casa y me concentré en los pensamientos que llegaban a mi. Logré penetrar con mi imaginación dentro de ese hogar. Allí veía a una pareja discutiendo.

—¿También me acusarás nuevamente de la muerte de nuestro hijo?

—Tú no lo amabas y él lo sentía. Esa falta de amor lo obligó a suicidarse.

Era muy fuerte el conflicto de ese hogar. Traté de descifrar que había pasado. Me concentré más y más y pude apreciar algunas escenas. Vi a un joven de unos 22 años, rubio y muy sensible. Era su hijo. Él estudiaba en una prestigiosa universidad de esta ciudad. Sentía enormes presiones para obtener buenos resultados en sus estudios. Sus padres, por dedicar muchas de sus energías a conseguir más bienestar económico, habían descuidado brindarle cariño. Y él, deseando ser objeto de su amor, pensaba que podría complacerlos y recibir de ellos ese sentimiento ausente, obteniendo un nivel alto en el centro académico. Pero no marchaba bien en la universidad. Su ansiedad bloqueaba su mente y sus temores no le permitían conectarse a la sabiduría del universo. Al no poder cumplir con el reto de ser excelente en el estudio, se sintió defraudado con la vida y decidió quitársela. ¡Qué gran error!

Quizás si aquel joven hubiese comprendido que el amor está en todo y en todos; si hubiese percibido el amor profundo que existe en la naturaleza y en cada ser; tal vez si hubiese abierto su corazón y dejado entrar la luz de los seres de planos superiores, ese amor habría superado el de sus padres y sería un joven íntegro. Sin embargo, no había ocurrido así. La vida es un milagro del Creador que hay que respetar, pero él no lo comprendió así.

—Él debe aprender con sus propias experiencias, y más adelante tendrá una nueva oportunidad para encontrar ese camino de paz y de luz —me habría dicho mi guía si estuviera allí aconsejándome.

Me preocupaba ese hogar. Sabía que esta familia también debía aprender con sus propias experiencias. Sin embargo, no podía estar indiferente ante aquello. Debería contribuir de alguna manera. Zendor podría esperar un poco más. Quizás una ayuda rápida y luego continuaría con mi misión.

Por eso decidí involucrarme en una corta misión adicional. Estaba dispuesto a colaborar en este hogar. Sabía que no podía intervenir, pero sí ayudar; esa es la ley del universo. Sin embargo, ¡cuán difícil es encontrar la línea divisoria entre ayudar e intervenir! ¿Cómo puedo ayudar sin intervenir?

Me escondí tras el muro de un jardín. Me senté en posición de meditación. Me llené de luz. Invoqué las fuerzas de la naturaleza y transformé la estructura molecular de mi cuerpo. Torné mi cabello de un color más claro y el aspecto de mi rostro parecido al de aquel muchacho universitario que ya no estaba en ese hogar. Mi ropa la mejoré mucho, ya no como la de un pordiosero, pero sí como la de alguien de escasos recursos económicos. Cuando estuve listo me puse de pies y caminé hacia la puerta de aquel hogar.

—Carlos, Carlos, se llamaba Carlos —repetía en mi mente.

Luego de timbrar en la puerta, la madre del difunto Carlos salió a mi encuentro.

—Buenos días, señora, mi nombre es Luis Carlos. Yo limpio vehículos en este vecindario y me preguntaba si usted desearía que limpiara el suyo.

Aquella señora muy confundida retrocedió ante mi presencia. Por un momento le impresionó ver a alguien tan parecido a su hijo. Estuvo en silencio por un instante que pareció una eternidad. Finalmente, con voz temblorosa me respondió.

—Bueno... realmente nuestro carro necesita una buena limpieza. Me gustaría que lo hicieras.

—Gracias, señora. Si gusta, por favor, alcánceme la manguera que tienen en su patio, la conectamos allí y le lavo su vehículo.

Ella entró apresuradamente, conmocionada por mi aspecto. Ni siquiera se dio cuenta de que yo, sin contar con una justificación, sabía que tenían una manguera en su patio, o sin pensar en confirmar si realmente yo era alguien conocido en ese vecindario.

—Antonio, Antonio, ven.

Su esposo, aún molesto por la discusión que acababan de tener, se acercó extrañado a ella.

—¿Qué sucede?

—Un muchacho desea lavar nuestro carro, pero...

—Pero ¿qué?

—Mejor míralo por ti mismo.

Intrigado, Antonio salió. Al momento de verme se sorprendió también. Por un instante vi en su aura un resplandor rosa de mucho amor, pero muy distorsionado por el dolor de la pérdida de su hijo. Por momentos en su mente pensó que era su hijo que volvía misteriosamente del más allá. Sin embargo, luego sintió mucha desconfianza y tornó su aura un poco más oscura.

—¿Quién eres tú? ¿Qué deseas de nosotros?

—Me llamo Luis Carlos —le contesté—. Sólo deseo lavar su vehículo, si usted está de acuerdo.

Lo miré profundamente a sus ojos. Irradié con mucho amor su mente y esto le ayudó bastante. Llegó a sentirse un poco incómodo y dio un paso atrás. Retiré mi mirada de él. No quise presionarlo demasiado a aceptar mi proposición.

Él se detuvo a pensar por un instante y luego, al sentir mucha confianza en mí, aceptó que lavara su vehículo.

—Muy bien, hazlo. Dime si necesitas algo —me dijo.

Mientras hacía la limpieza, percibía desde el interior de auto energías muy fuertes. Había mucho dolor impregnado allí. Al agua con que lavaba el vehículo la cargaba con una energía color violeta, muy brillante. Esto elevaba su nivel vibratorio y transformaba ese dolor y tristeza en consuelo y esperanza.

Si los humanos pudiesen ver y sentir las energías que dejan sus pensamientos y sentimientos en todo lo que les rodea, quizás evitarían ensuciar psíquicamente su medio ambiente. A veces comparaba a los seres de planetas de tercera dimensión, como la Tierra, con ciegos que botan basura que no pueden ver y sí sufrir los daños que causa el mal olor y las bacterias que produce. No es posible evitar la basura o recogerla si uno no es consciente de que existe. No los culpaba por eso. Quizás si hubiese escogido nacer en algún cuerpo de un ser de

este planeta, a cambio de venir en mi propio cuerpo temporal, pasaría las mismas experiencias y penas que ellos pasan. Quizás hasta estaría tan dormido como Zendor.

Antonio salió con su esposa, Clara, a ver cómo iba mi trabajo, aunque más interesados en lo que yo hacía, estaban intrigados por saber quién era yo.

—Muy bien, muchacho —me decía él—, límpialo por este lado también.

Ellos me observaban fijamente. Aún estaban sorprendidos por mi aspecto. Cuando terminé, me invitaron a pasar a su casa y me ofrecieron comida. Nuevamente tuve que cambiar el contenido molecular de los alimentos, y así poder digerirlos, aunque ahora fue más fácil.

—¿Y dónde vives, Luis Carlos?

—Temporalmente estoy cerca de las colinas. En el barrio de invasión.

—¿Vives solo, o con tus padres? —me preguntó ella.

—Estoy solo en esta ciudad. No tengo amigos, aunque busco a uno que lo será dentro de poco.

Ellos sentían el deseo inmenso de abrazarme y decirme, hijo mío, bien venido a tu casa. Sin embargo se contenían, pues sabían que yo era solamente un espejismo salido de la nada. Aunque el aspecto mío era muy parecido al de su hijo ausente, yo tan sólo era un extraño.

En ese momento, por un instante, recordé las enseñanzas de mi guía. Él me explicaba cómo en el nuevo estado, en el que la Tierra estará más adelante, todos los seres se amarán profundamente; no se sentirán tan aislados, y el dolor y la pobreza de sus semejantes los experimentarán como suyos. No habrá más mendigos en las calles, no más gente sin hogar. Todo aquel que tenga algo lo compartirá con sus semejantes, y así el dolor pasará. Y sentirán como si todos los seres de la Tierra fuesen sus hermanos más queridos, sus hijos preferidos, o sus padres amorosos. Lástima que no todos los seres de este planeta estén preparados para permanecer en la nueva Tierra.

—Cada cual está en el lugar donde debe estar —me decía frecuentemente mi guía.

En ese momento llegó alguien más.

—¡Hola!, ¿hay alguien en casa? —dijo una bella joven de unos 18 años que entró en el comedor.

Al entrar y verme sentado en la mesa al lado de sus padres, gritó con mucho horror. Ellos se pararon apresuradamente para sostenerla y evitar que se cayera. Su energía fue inmensa y toda la habitación se iluminó. Tuve que cerrar mi campo áurico para evitar que su descarga energética me afectara.

—Andrea, ven, siéntate. Él es un muchacho que vino a lavar el automóvil. Se llama Luis Carlos. Vive no muy lejos de aquí y lo invitamos a comer.

—¿Quién eres tú? ¿Eres Carlos?

Ella me miraba con mucho temor. Le envié un haz de luz verde para equilibrar todo su cuerpo y así ayudarla a sobrellevar más fácilmente la impresión que le causaba mi aspecto tan familiar.

—No, hija, él no es Carlos. Tú sabes que tu hermano murió hace más de un mes. Él se llama Luis Carlos, pero son una coincidencia su aspecto y su nombre.

Clara, la madre de Andrea, me dijo en ese momento:

—Muchacho, discúlpala, pues a ella también le ha impresionado mucho tu aspecto. Tuvimos un hijo que falleció hace un tiempo y se parecía mucho a ti. Él era algo mayor que tú. Le quisimos mucho y su muerte nos afectó mucho.

—Lo siento. No quise causarles alguna inquietud —les dije—. Y fui sincero al decírselo, pues en ese momento me di cuenta de que, por pretender entrar en su círculo familiar por poco tiempo, pareciéndome a su hijo, les causé muchos desequilibrios emocionales. No sabía si mi guía estaría en desacuerdo conmigo por aquel episodio; aunque ellos no lo compartan, sí respetan cualquier decisión que yo tome y me permiten aprender de sus consecuencias.

—Tengo que marcharme —les dije.

Salí de la casa y Antonio me siguió hasta el jardín.

—Luis Carlos, espera. Tengo que pagarte por el lavado de mi vehículo. Me gustaría que volvieras en tres días. Para entonces podrías volverlo a lavar.

—Muy bien, señor. Muchas gracias.

Salí de allí y continué mi camino. Un poco preocupado por saber si hice bien o mal. Al poco tiempo traté de olvidar lo sucedido. Caminé por la ciudad, tratando de sentir la energía de Zendor en algún muro, en un andén, o percibir sus pensamientos. Pero no hallaba nada aún.

* * *

Me encontraba nuevamente entre los árboles, meditando y concentrado. En esta ocasión deseaba hablar con el comandante de la misión. Era hora de presentar mi informe. Sabía que ellos seguían ocasionalmente mis acciones. Era sencillo para ellos. Bastaba dar al computador de la nave la clave tonal vibratoria de mi aura, y este fácilmente me localizaba y, luego, a través de su cámara de proyección remota, podrían ver y escuchar todo lo que sucedía a mi alrededor. De esa forma me vigilaban con cierta frecuencia para protegerme, aunque nada garantizaba que no pudiera tener problemas; solo la ley universal de causa y efecto me regía y debía ser responsable de mis actos. Cualquier problema que se presentara, si ellos lo conocían con anticipación, podrían desmaterializarme y llevarme de regreso a la nave. Sin embargo, siempre había riesgos difíciles de prevenir en un planeta de tercera dimensión como este. Me sentía más seguro y protegido bajo el manto invisible de mi guía y tras el escudo de la entereza de seguir con mi misión, que bajo la mirada constante de mis amigos del espacio.

—Hola, Jendua. ¿Cómo te sientes hoy?

—Muy bien, comandante —le dije.

Resultaba más sencilla la comunicación telepática con mis compañeros de la Confederación del Espacio que con mi guía espiritual; al fin y al cabo ellos se encontraban en un nivel vibratorio más bajo.

—Estuvimos viendo lo que sucedió en la casa donde estuviste. Pensamos que fue muy arriesgado.

—Lo siento —le dije.

—Sin embargo —me dijo, continuando con su mensaje que retumbaba en mi mente—, consideramos que algo bueno trajo todo esto. Uno de nuestros guías espirituales ha detectado que hay alguna conexión entre ellos y Zendor. Pensamos que debes volver y continuar con tus investigaciones. Ellos te conducirán a él.

Era increíble cómo toda la tecnología del espacio, más la capacidad de los guías para trascender en las diferentes dimensiones del espacio-tiempo, eran insuficientes a la hora de buscar a alguien como Zendor. La capa psíquica sobre la Tierra, causada por los pensamientos de energías densas de sus habitantes, más el hecho de que Zendor se había alejado del camino ya trazado, hacían casi imposible localizarlo. Sin embargo, al estar yo allí, servía como de puente para canalizar esas energías y abrir túneles interdimensionales y buscar como una nave "rastreadora" en cada rincón por donde paseaba. Estas naves son aquellas de pequeño tamaño sin tripulación que usábamos teledirigiéndolas para investigar lugares agrestes en distintos planetas.

—Tenemos la sensación —continuaba diciendo mi comandante— de que la hija de ellos, Andrea, posee algún contacto con Zendor. Investígalo.

—Así lo haré.

En esos momentos tuve que suspender mi comunicación telepática con mi nave nodriza. Escuché los pasos de alguien a mi lado. Abrí los ojos y pude ver cerca de mí a un perro que se acercaba con curiosidad, olfateándome y quizás buscando algo de comida por ese lugar. Tenía el pelo un poco opaco y la mugre le daba un aspecto pegajoso; era un perro callejero.

Lo observé fijamente, sentí su energía y cómo ella estaba conectada a toda la Creación. Le envíe un pensamiento de amor. En esos momentos se acercó más y se sentó a mi lado. Lo estuve consintiendo por unos minutos. Él se sentía muy confortable con mi presencia; no le causaba ningún temor.

* * *

Luego de tres días de una larga espera, ansioso regresé a la casa de aquella familia que todavía sentía el dolor de la pérdida de su hijo. Si realmente pudiesen descubrir esa conexión universal que hay entre todos los seres, aún podrían percibir a Carlos, su hijo, y darse cuenta de que la muerte física sólo es el umbral hacia otro estado y que nadie muere al morir.

Llegué apresuradamente a aquella casa de jardines llenos de flores. Volví a transformar mi aspecto externo, el mismo que había creado en mi cuerpo anteriormente, aquél que me hacía parecido a Carlos. De ahí en adelante mantuve esa apariencia, al menos cuando me encontraba con ellos.

Al llegar cerca de la puerta, vi a Andrea. Estaba inclinada sobre unas flores. Arreglaba el jardín que ya presentaba síntomas de descuido. Observé en su

hermosa aura un tono brillante. Era como si en ella hubiese sucedido una transformación. Comprendí que mi presencia había hecho algún cambio en ellos.

—¡Hola! —me saludó mientras se incorporaba acercándose hacia mi. Su sonrisa era muy bella, su cabello brillante reflejaba mil rayos del sol del medio día y sus ojos verdes tenían un brillo misterioso.

Por un momento me quedé observándola. Su mirada me impactó profundamente. A través de ella casi lograba entrar dentro de su alma y tocar suavemente y con dulzura su ser interior. ¡Cuán bella era esta joven! Algo en ella me resultaba familiar, muy familiar. Era como encontrar a alguien que siempre ha estado en mis recuerdos, alguien que lleva mucho tiempo ausente, pero al mismo tiempo, alguien misterioso que no revela su identidad. Más adelante averiguaría con mi guía sobre ella, pero él nada me revelaría, al menos no al comienzo. Mi guía mantendría el mismo misterio y hermetismo que aquellos ojos verdes que tenía frente a mí.

—¡Hola!, Luis Carlos —me saludó su madre que llegaba al jardín, interrumpiendo ese momento de conexión interior con aquel hermoso ser.

Ambos salimos de nuestro ensueño y volvimos a observar nuestra apariencia exterior. Aquel encantamiento de escasos segundos se desvaneció, pero permanecería una semilla que, con el tiempo, generaría en nosotros mucha inquietud.

—¡Hola!, señora —le dije, con voz temblorosa.

—Llámame Clara, por favor. Estábamos esperándote. Ven, te quiero mostrar algo.

La seguí hasta dentro de la casa. Andrea nos acompañó. Entramos en una habitación de paredes azules, donde había un ambiente ligeramente pesado. Se sentía tensión y frustración allí. Clara sacó del armario un grupo de vestidos y ropa que ya había seleccionado previamente. Era la ropa de Carlos, el difunto hijo, al menos ropa que ellas consideraban que no era necesario seguir guardando inútilmente allí.

—Queremos obsequiarte esta ropa —me dijo la madre de Andrea—. Era de Carlos, nuestro hijo que falleció recientemente. Creemos que es de tu talla y te puede servir más que a nosotros ahora.

Ella me ofreció una chaqueta de cuero para que me la midiera. Al tomarla en mis manos sentí una energía fuerte que subía por mis brazos y trataba de recubrir mi campo áurico. Tuve que controlarla con mi mente. Inmediatamente se transformó en una radiación más amable y pude ponérmela. En realidad la chaqueta me quedaba bien. Me hacía parecer menos a un joven de escasos recursos, pero eso no importaba, pues mi propósito era encontrar a Zendor y por medio de Andrea podría lograrlo. Mi apariencia ya no tendría importancia, lo que importaba ahora era mantener la confianza que había ya obtenido en esta familia.

—Le agradezco mucho, señora. Esta ropa es muy bella. Ya no sentiré tanto frío en la calle.

—Debes cuidarte, pues el lugar donde vives no es muy seguro —me dijo Andrea mientras me observaba con sus ojos profundos y misteriosos.

—Yo sé protegerme —le respondí—. Allí hay hombres rudos, pero sé manejarlos. Creo que trataré de no usar mucho la ropa más elegante delante de ellos para no despertar su envidia.

—Luis Carlos —me dijo Clara. Se detuvo por un momento. En su mente sentí la duda que tenía para decirme algo que quería sacar de su corazón, pero su intelecto le pedía prudencia, pues al fin al cabo aún yo resultaba ser un extraño para ellos. Su rostro tenía ya algunas arrugas y su aura los destellos del dolor causado por las angustias de días pasados. Sin embargo, como la joven Andrea, su aura tenía un mejor aspecto que el del primer día en que nos conocimos. Algo comenzaba ya a cambiar. Eso me alegró mucho, pues de una manera u otra estaba ayudándoles a pasar esos malos momentos.

Luego de una pausa casi eterna me dijo:

—Luis Carlos, deseamos que estés bien. Que te cuides y logres cada día ser mejor. Queremos que sepas que en esta casa tienes amigos que te quieren y te pueden ayudar cuando lo necesites. Puedes volver frecuentemente a lavar nuestro vehículo. Aquí encontrarás trabajo. Solo te pedimos que seas muy sincero en todo. Esperamos que nos digas si algo está mal o si requieres algún consejo que te podamos dar. También deseamos que no hagas mal uso de la confianza que te estamos dando.

Al escucharla decirme esto, sentí como si ella estuviera hablándole a su hijo y no a un extraño. Era una segunda oportunidad que la vida le daba para decir lo que no había dicho, y hacer lo que no había hecho con su hijo. Por un

momento me sentí incómodo, pues yo parecía ser más su hijo que aquel extraño que llegaba a su casa a buscar trabajo. Sentí mucha responsabilidad sobre mis hombros. Sin embargo, la responsabilidad de encontrar a Zendor era mayor, y algunas veces me despertaba de aquel sueño de novela que me envolvía y aquella joven que aún me intrigaba ¡Qué bellos eran los humanos cuando amaban de esa manera! Tan sólo si pudieran extender ese amor a toda la humanidad…

Y en realidad seguí regresando con frecuencia a ese lugar. Salía todas las mañanas de la casa que había conseguido en un barrio sencillo, en las colinas que rodeaban esa ciudad terrestre. Había hecho ya algunos amigos en aquel vecindario y nunca tuve problemas con nadie. Sabía que mi aura irradiaba una atmósfera de tranquilidad a mi alrededor y eso era suficiente para protegerme. La vida en este planeta me sonreía, pero aún no lograba hacer aquello que evitaría tenerme más tiempo atado a ese sitio. Aquel ser del espacio, nacido en la Tierra, no aparecía aún.

Un día, cuando regresé al parque y entre los árboles donde encontraba las energías de la naturaleza adecuadas para lograr la comunicación con los niveles espirituales altos, pude volver a contactar a mi guía. En aquella ocasión me explicó lo que sucedería a la Tierra en los próximos años. Ya había escuchado de él algunos comentarios aislados, pero no toda la historia.

—Primero hay que entender la estructura de la galaxia —comenzó explicándome mi guía—. La galaxia en la cual el sistema solar se encuentra, tiene dos haces de radiación opuestos entre sí, los cuales giran enviando hacia el exterior bandas energéticas que elevan el nivel vibratorio de las estrellas que la conforman. Tú sabes que las estrellas, los planetas y todos los seres del universo son manifestaciones de esa energía universal, son manifestaciones de la Creación, o Dios, como le llaman en la Tierra. Cada uno está en un nivel vibratorio dado, y cuanto más alto sea, más cerca de Dios se encuentra. Por ese motivo te recomiendo mantener cada vez más alto tu nivel de conciencia, para que puedas evolucionar. Al girar el centro de la galaxia, esa irradiación de las bandas opuestas que te mencioné, crea una estructura espiral. Entre muchos planetas de la galaxia, la Tierra fue escogida por su localización. Dentro del plan divino se convino poblar el planeta con vida que pudiera contener a los seres que quisieran evolucionar más rápidamente al enfrentarse a las dificultades de las dimensiones inferiores. Al girar el haz de radiación, este se irá acercando hacia el sistema solar. Por esto el nivel vibratorio ascenderá en la Tierra y sus habitantes tendrán que hacer lo mismo. Este planeta está entrando en una zona

de alta radiación y grandes cambios se están produciendo; la mayoría de ellos no son percibidos por sus habitantes.

—Debido al mal manejo de los pensamientos, los seres humanos han creado un clima de energías de bajo nivel vibratorio en todo el planeta. Ellos aún no han comprendido totalmente que su comportamiento individual afecta el comportamiento global. Son como células de un cuerpo, un cuerpo que está enfermo. Por siglos ellos han venido llenando de esas energías densas el ambiente que los rodea.

—Cuando la Tierra avance aún más hacia las zonas de mayor vibración, todos los seres del planeta recibirán una aceleración intensa, y aquellos que mantengan todavía ese nivel bajo, no podrán resistir. Su cuerpo no podrá contenerlos más y su espíritu saldrá expelido a través de túneles interdimensionales hacia planetas de niveles bajos; a los que realmente pertenecen.

—Es muy importante que los habitantes del planeta Tierra se llenen de amor en sus corazones, pues este será el boleto de entrada a la nueva dimensión de la Tierra. Tú debes irradiar esa energía que puede ayudar a que algunos despierten, se conozcan a sí mismos y recuerden su misión en este planeta, y comprendan qué deben hacer para ayudar a otros en este momento. Pero no puedes obligarlos a cambiar; ellos mismos deberán hacerlo.

—Se acerca el momento de la cosecha. Los frutos deberán ser recogidos. Varios problemas se presentarán en la Tierra, pero de ellos mejor te hablo más adelante. Es importante un cambio global y este no se logra sin un cambio interior y personal. Muchos seres como Zendor y tú deben ayudar a que esto suceda.

—La humanidad pasa la etapa de aislamiento —me dijo—. Ellos están aislados del universo, de la Creación y de sí mismos. La raza humana, en su nivel actual de desarrollo, tiene la equivocada sensación de estar aislada. Aún no captan esa conexión invisible a sus ojos. Paradójicamente, también viven con la falsa percepción de posesión, pero esto realmente es una fantasía temporal del estado de conciencia en el cual viven. Se sienten dueños de la tierra que pisan, crean fronteras existentes más en su mente que en la realidad del universo. En su aislamiento requieren sentir que poseen algo para llenar ese vacío de la soledad. Se sienten dueños de sus familiares, de las formas materiales que los rodean y hasta del conocimiento que creen adquirir. Ese es un paso natural en planetas de

este tipo. Es un escalón necesario dentro de la etapa de aprendizaje hacia el nuevo estado donde vivirán más conectados entre sí.

—La Tierra es un organismo viviente, como lo son todos los astros del universo. Los seres humanos son células de él. Si las células están sanas, ese organismo estará sano. Más adelante comprenderán que la violencia, el poder, el deseo de obtener más que los demás, y las guerras, son sólo manifestaciones de esa soledad, en busca de algo que les dé el apoyo que tanto necesitan. Cuando sientan la conexión que hay entre todos los seres del universo, ya no combatirán más, pues no podrán hacerse daño a sí mismos. La soledad habrá desaparecido, pues estarán unidos entre sí. Un cuerpo sano no destruye parte de su cuerpo. Tu mano derecha no asesina tu mano izquierda si estás en armonía. Igualmente, la Tierra llegará a este estado de madurez y vivirá con salud, salud cósmica.

—Actualmente tú puedes notar grandes cambios que están presentándose en el ámbito geofísico, cambios del clima, calentamiento de la atmósfera, transformaciones del ecosistema, conflictos sociales… Esos son sólo los síntomas de una enfermedad temporal. La Tierra, como organismo viviente, se recuperará luego del periodo de limpieza y tendrá salud. Seres que sepan convivir en el nuevo estado vibratorio estarán haciendo parte de ella.

Luego de finalizar mi guía sus enseñanzas de ese día, le pregunté por Andrea.

—Amigo mío —le dije—, quisiera saber quién es ella. ¿Por qué siento que la conozco? ¿Hemos vivido en otro lugar juntos? ¿Qué hay tras esa mirada dulce y cuál es el secreto que esconde?

Como muchas veces lo hacía, mi guía no respondía directamente a mis preguntas:

—Todas las respuestas están dentro de ti, Jendua —me dijo—. Deja que ellas afloren a su tiempo. La fruta no cae madura del árbol a tu mano cuando tú lo deseas, sino cuando ella está lista para hacerlo.

Zendor

Estaba finalizando ya la tarde. Me encontraba en un barrio donde las personas viven humildemente. No era aquel barrio donde yo había conseguido un sitio para vivir. Era un lugar sencillo, con personas sencillas; algunas de ellas muy especiales. Me conmovía ver los grandes contrastes en esta ciudad. Imaginaba que todo el planeta Tierra era similar. Había personas con mayores comodidades económicas que otras. Una gran brecha separaba a este barrio de aquel lugar en el que vivía Andrea y su familia, aquella que ahora sentía muy cerca de mi corazón.

En realidad me conmovía ver la gran variedad de estados evolutivos en este planeta. Esto no dependía de clases sociales u otras trivialidades materiales. Algunas personas tenían auras brillantes e irradiaban una energía amorosa de alto nivel; algunos de ellos eran verdaderos maestros, con experiencias en muchos lugares y capaces de lograr grandes cosas; muchos de ellos, aún inconscientes de su nivel, misión y origen. Me sentía sencillo y humilde ante estos seres.

Otros, sin embargo, eran menos evolucionados. No habían tenido la mismas experiencias previas o al menos no se habían esforzado por aprender de ellas.

—Vienen de distintos lugares —me había dicho mi guía antes de iniciar mi misión—. La Tierra es un lugar de convergencia de varias fuerzas. Es un planeta en proceso de cambio. Allí verás seres de diferentes estados evolutivos, conviviendo y aprendiendo unos con otros. Esto es permitido por las leyes cósmicas en planetas en transición y próximos a dar un salto en su evolución.

—Allí hallarás seres que en su ignorancia destruyen la vida física de otros seres. Encontrarás algunos que en su afán de poder, esclavizan, martirizan o dañan. También hay aquellos que destruyen su entorno y hacen que el medio ambiente se resienta. Estos seres han venido de planetas donde este tipo de circunstancias y acciones son normales. Son planetas de niveles evolutivos bajos, donde esta es la forma de coexistir.

—En el mismo lugar encontrarás seres de altos niveles evolutivos; muchos superiores al tuyo. Ellos también han nacido en la Tierra para aprender. Estos seres han descendido voluntariamente para llevar a cabo una misión de ayuda.

Casi todos ellos aún no recuerdan de dónde vienen y para que están ahí. Sin embargo, con el tiempo irán despertando.

—Un nuevo tiempo se acerca para la Tierra. Es un amanecer donde la luz cubrirá a todo el planeta y a sus habitantes. Es una luz espiritual que elevará el nivel vibratorio hacia el amor y la convivencia pacífica. En este amanecer habrá quienes despierten antes que otros. Son aquellos quienes irán ayudando primero a labrar la nueva tierra para que las semillas del amor universal germinen. Habrá quienes no estén preparados para este amanecer, y por haber permanecidos dormidos por mucho tiempo, la luz del alba de la nueva Tierra los deslumbrará y no podrán permanecer allí. Deberán ser trasladados a lugares aptos para su evolución, luego de la cosecha. Sólo en ese momento podrán separarse las semillas, según su desarrollo espiritual.

—Aquellos seres de gran amor y sabiduría que están aún durmiendo en la Tierra y que no han recordado su origen y misión, al convivir con otros seres que causan daño, experimentarán un gran conflicto y se sentirán desadaptados. Será como estar en un lugar al que no se pertenece. Y a las acciones de los seres menos evolucionados las juzgarán como "maldad".

—Amigo mío —me dijo—, debes comprender que la "maldad" no existe en el universo. Aquello que algunos llaman "maldad" es solo la ignorancia. Si un ser destruye la vida material de otro ser, o lo esclaviza de alguna manera, está desconociendo las leyes universales, leyes de la Creación, que lo llevarán a padecer una situación igual a la que causa. Por lo tanto, ese ser que hace daño, es un ignorante y desconoce que es a sí mismo a quien estará finalmente maltratando. Si comprendes esta realidad, tendrás mucha libertad. No veas a ningún ser como "malo" o "malévolo". Si lo ves como alguien ignorante o en proceso de aprendizaje, más fácilmente podrás ayudarlo; aunque sea simplemente con tu ejemplo. El amor es la energía universal, energía de la Creación opuesta a esa ignorancia.

—Aquellos que dañan a otros seres lo hacen porque para ellos esto es normal en el estado de conciencia al que pertenecen, y del que provienen. Al ser rechazados por la sociedad de la Tierra, irán aprendiendo y habrán elevado su energía individual, así no logren llegar a ese nivel mínimo requerido para seguir en la nueva Tierra.

—Aquellos seres que pertenecen a niveles superiores, estarán afianzando sus enseñanzas adquiridas en experiencias previas y también habrán de evolucionar. Todos aprenden, todos evolucionan.

—Debes saber, amigo mío, que son muchos los seres que desean estar en la Tierra en estos momentos. Son momentos difíciles, pero permiten un aprendizaje acelerado. Son muchos, como tú, los que quieren ayudar, bien sea descendiendo directamente o naciendo en cuerpos físicos. No a todos se les permite hacerlo. En tu caso, como tú llegas directamente del espacio, tienes la ventaja de recordar quién eres y qué has venido a hacer. Sin embargo, son muchos los peligros que hay en la Tierra y muchas las posibilidades de quedar atrapado en la tercera dimensión. Debes ser cuidadoso.

Esas palabras de advertencia de mi guía siempre las recordaba durante mi misión en la Tierra.

Estando en ese barrio humilde, buscando a Zendor, hubo algo que me llamó la atención. Aquella tarde vi a una joven que caminaba entre la gente. Era muy semejante a Andrea, sólo que su aspecto externo la hacía parecer diferente. Llevaba ropa sucia y rota en algunas partes.

Con mucha curiosidad me acerqué, y al verla por la espalda y observar claramente su aura, comprendí que en efecto se trataba de ella. ¿Qué hacía mi amiga allí?

Me acerqué aún más y la tomé por el brazo. Ella se asustó mucho, pues no esperaba que algo así ocurriera.

—¡Luis Carlos! —me gritó—. ¿Qué haces aquí?

—Eso deseaba saber de ti —le respondí—. ¿Por qué vistes de esa manera?

Ella se sonrojó y permaneció en silencio por un momento. En su mente observe muchas imágenes confusas; quería ocultar algo.

—Vengo a menudo por aquí —me respondió, y percibí mucha verdad en sus palabras.

—Pero, alguien como tú, ¿por qué frecuenta estos lugares? ¿Qué buscas aquí?

Me observó con sus bellos ojos. En ellos vi una dulzura infinita y su rostro brillaba con un amor desinteresado. Finalmente me confesó el propósito de su presencia allí.

—Luis Carlos. Yo deseo estudiar una carrera que tiene mucho que ver con un trabajo social. He pensado que debo prepararme y la mejor manera de hacerlo

es conociendo la sociedad que deseo ayudar. Aquí hay mucha gente como tú, que no han contado con las oportunidades de educación y desarrollo para tener un mejor nivel de vida. Hay mucha pobreza en este lugar y estoy segura de que eso puede cambiarse. Pero no basta sólo con desearlo, hay que actuar.

Nos sentamos a conversar al borde de un jardín. Algunas personas pasaban a nuestro alrededor, pero no prestaban atención a nuestra conversación. Ella prosiguió con su explicación.

—En este lugar he encontrado personas muy valiosas. Si ellas hubieran tenido las oportunidades que yo he tenido, quizás estarían mucho mejor. Creo que la vida es muy injusta. Ellas sufren mucho y eso parece no importarles a los demás.

—Bueno, pero a ti sí te importa —le dije.

—Alguien tiene que preocuparse de su precaria situación. Tú mismo debes sufrir al ver lo poco que tienes y lo mucho que derrochan otras personas.

La observé a sus ojos profundos. Quise dirigirme a ese ser interior muy sabio que había allí dentro.

—Andrea, ¿por qué piensas que yo sufro? ¿Crees que la situación material es la causa del sufrimiento? Yo vivo feliz con lo que hago. He visto varias personas muy especiales aquí y algunos de ellos viven mejor que muchas personas que tienen las comodidades materiales que, como tú dices, la vida les ha brindado.

—Pero me imagino que algunas veces te sientes mal al no conseguir comida o un buen trabajo.

—En realidad no. Aunque debo admitir que mi forma de pensar es diferente. Mi experiencia personal me ha enseñado otras cosas, y por eso no puedo ser como los demás, pero sí puedo decirte que el grado de felicidad no depende del nivel económico. Todo está dentro de nosotros mismos.

—Yo no estaría en paz viviendo en un lugar así —me dijo.

—Andrea, la paz no existe en un lugar o en otro. No hay lugares perfectos, sólo estados de conciencia perfectos. La paz es un estado interior. Si alguna persona logra esa paz interior, no importa donde vaya o donde esté, ésta siempre la acompañará.

Ella se quedó por un momento en silencio. Me miraba con extrañeza, pues mis palabras no parecían provenir de alguien de una condición económica humilde. Observé cómo en su mente aún asimilaba la idea que acababa de recibir. Ella me observaba y veía el gran parecido que yo tenía con su difunto hermano. Vi en su aura un color fuerte, como un recuerdo triste de su muerte que comenzaba a aflorar. Aproveché ese momento para enfrentar ese dolor. Con más fuerza, invocando la sabiduría del universo y pidiendo inspiración, con palabras que no parecían ser mías, le dije:

—Amiga mía. Hace unos meses no tenías tranquilidad por la muerte de aquel ser que amaste mucho y que llamabas hermano. Si en tu interior hubieses comprendido, o al menos recordado que la muerte no existe, y que tu hermano está justo ahora en otra dimensión, pero aún vivo y aprendiendo, quizás habrías tenido la paz interior que necesitabas en ese momento para transmitirla a tus padres. Tú eres alguien muy especial, como lo fue tu hermano. Has estado con él por mucho tiempo. Siente esa unión plena que aún existe a través del umbral que te separa. Esa unión de amor es más poderosa que la idea errada que tienes de ese estado que llamas muerte. Es importante que sepas que no estás sola. Estamos contigo. Todos te amamos y siempre estaremos unidos a ti sin importar el tiempo o el espacio.

Ella se quedó petrificada observándome. Un poco sorprendida y a la vez conmovida por mis palabras. Hasta yo mismo me extrañaba de lo que decía. Pero al hacerlo sentía una energía amorosa muy grande que nos cubría. Sus ojos se aguaron y las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. Su aura sacaba en ese momento esas energías de tristeza que ahora se mezclaban con la atmósfera de amor que nos envolvía. Ambas energías de luz se entremezclaban en una tormenta de reconciliación infinita.

Se lanzó sobre mis hombros y me abrazó apretándome con fuerza. Lloraba con intensidad en una mezcla de tristeza y alegría. Sentía profundamente a ese ser hermoso que me abrazaba. Invoqué la luz del cosmos y esta nos envolvió. Con ella, su tristeza fue aplacándose poco a poco.

—Lo extraño mucho —me dijo fuertemente al oído, en sollozos incontrolables—. Lo extraño… Lo extraño.

—Es bueno que lo extrañes, pues es una manifestación del amor que sientes por él —le dije buscando consolarla con mis palabras—. No lo olvides, pues estará siempre contigo. Siente profundamente que hace parte de ti, así no lo

tengas cerca. Envíale un pensamiento de paz y amor; él puede sentirlo. No le envíes tristeza, pues eso le hace mucho daño.

Si alguien cerca de nosotros hubiese podido observar nuestra energía en ese momento de conexión interior, habría visto un gran destello de luz que llenaba una parte de la ciudad.

Estuvimos allí, abrazados un buen tiempo. Nuestros pensamientos se unían silenciosamente. Sin saberlo aun, yo también aliviaba una vieja herida dentro de mi ser. Sentí en mí una gran alegría que salía de una parte muy profunda de mi interior. ¿Quién era esta hermosa mujer? ¿Por qué tenía esos sentimientos tan fuertes hacia ella? Me atemorizaba al pensar que quizás estaba enredándome en un sentimiento de enamoramiento de seres de la tercera dimensión. No podía permitir eso; impediría mi misión. Sin embargo, en ese momento no sabía que ese sentimiento era aún más profundo que el de estar enamorado de una bella criatura de la Tierra. Sentía temor ante esa situación, pero él era aún más fuerte que yo y me atraía… Y me dejaba atraer…

Nos pusimos de pies. Caminamos por allí. En silencio. Dejando que el mundo pasara frente a nosotros, sin emitir ningún sonido. Todo parecía aún más bello. De pronto ese conflictivo planeta, aquel en el cual me había sentido atrapado en mi misión en días pasados, ahora parecía volverse un lugar perfecto; el Amor estaba por todos lados, aún en el mismo aire que respirábamos.

Ella me tomó de la mano y eso me hizo estremecer. Así, juntos, caminamos de regreso a su casa. Nuestras auras se mezclaban en una atmósfera rosa luminosa y en un diálogo silencioso de luz.

Al llegar cerca de su casa, ella me dijo:

—Luis Carlos, por favor no le digas nada de esto a mis padres. Ellos no saben que yo me visto así y voy con frecuencia a lugares que ellos no aprobarían.

—No te preocupes por eso, amiga mía. Te guardaré el secreto.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó hacia su casa. La vi entrando a un galpón exterior a la casa. Al poco tiempo la observé salir de allí, con la ropa y apariencia normal, e ingresar a su hogar.

De regreso me sentía confundido y la vez muy alegre por todo lo que sucedía ahora en mi vida terrenal. Ese beso me había hecho estremecer y era

como el sedante que me hacía olvidar por momentos a mi comandante, a mi guía y a mi misión.

* * *

Pasaron varios días. Estaba atrapado entre el deseo de volver a ver a mi amiga y la necesidad de encontrar a Zendor. En algunas ocasiones tenía mucha ansiedad, aunque sabía que ese sentimiento era equivocado. Con esos pensamientos estaba descargando energías no apropiadas a mi alrededor. Algunas veces traté, sin éxito, de contactar a mi guía, pero a la vez me sentía incómodo al intentarlo. Pensé que estaría preocupado por mi, al yo dejar entrar esos sentimientos de romance terrestre. Eran sentimientos muy bellos y puros, pero me alejaban de mi propósito principal. Algunas veces pensaba que las advertencias de mi guía sobre los peligros que podría enfrentar en la Tierra no eran obstáculos físicos, sino trampas afectivas y sentimentales. Sabía que un romance en estos momentos podría ser peligroso y me haría enfocar mis sentimientos de amor hacia una sola persona e ir dejando de lado a la humanidad, a la cual deseaba con mucho intensidad ayudar en estos instantes de transición. Sin embargo, en otras ocasiones mi mente manejaba fantasías de quedarme allí, permaneciendo al lado de la adorable Andrea; sus ojos profundos y misteriosos me hechizaban y removían algo dentro de mí que aún no comprendía plenamente. Experimentaba sentimientos propios del vehículo físico que había adquirido.

Y llegó por fin el día en que puede localizar a Zendor. Fue difícil reconocerlo en el primer momento, pero siguiendo las instrucciones que me habían dado mis superiores de la Confederación del Espacio, pude hacerlo.

Ese día venía del centro de la ciudad donde había dado otra mirada en una zona cargada de mucha energía de pensamientos densos. Al bajarme del bus y caminar por una calle que ascendía hacia las montañas aledañas, escuché unos gritos. Había varios muchachos peleando. Tres de ellos rodeaban a un señor de aspecto más corpulento y mayor. Ellos lo asediaban por todos los costados y con unos puñales trataban de herirlo. Sin embargo, aquel que se encontraba en medio del grupo agresor sabía defenderse muy bien.

Los contemplé a la distancia sin acercarme. Mis instrucciones eran de no intervenir, aunque muchas veces me costaba mucho esfuerzo no hacerlo. Simplemente invocaba la luz del cosmos para que descendiera sobre este grupo y llenara sus corazones del amor universal y comprendieran que no podrían hacerse daño entre hijos de la misma Creación. La luz en efecto descendía, pero

la densidad que se creaba en ese lugar dificultaba que pudiera penetrar en ellos. La pelea continuaba y resultaba difícil ayudar. Traté de mirar dentro de sus mentes para lograr una comunicación más directa y darles consejos de paz. Observaba sus auras, que eran pocos luminosas, con excepción de la de aquel ser que estaba en el medio, a punto de perder la vida. Ese ser tenía un aura muy brillante y su energía le permitía adelantarse a los movimientos de sus agresores y evitar ser alcanzado por algún puñal. Contemplé dentro de su mente, e inmediatamente vi unas naves espaciales. Lo observé vestido con un traje plateado. Ese ser venía del espacio, no cabría la menor duda. Sin embargo, no entendía qué hacía allí.

Estuve contemplando con mayor profundidad su aura para percibir más imágenes de su pasado. Vi un escudo de la Confederación del Espacio. Luego observé una luz muy fuerte; era la energía que irradiaba su ser interior. Al hacerlo escuché vibraciones y sonidos. Uno de ellos vibraba repitiendo el sonido: Zendor.

Me emocioné mucho y la vez me sentí muy preocupado. Lo había encontrado, pero estaba a punto de ser asesinado por aquellos muchachos. Si fallecía su cuerpo físico, ascendería a planos superiores, se habría perdido la oportunidad de tenerlo en la Tierra y su misión habría fracasado del todo.

No estaba seguro si desde mi nave nodriza me estarían observando para protegerme, si llegara a estar en peligro, pero estaba decidido a lanzarme en medio del grupo y ayudar a mi escurridizo amigo.

Sin dudar más, corrí hacia el grupo. Llegué gritando, haciendo que la vibración de mi voz alterara sus neuronas dejándolos desconcertados.

De repente me vi en medio de aquellos muchachos armados que ahora trataban de herirme también a mí. Sentí mucho temor en esos momentos. Uno de ellos me lanzó una puñalada por la espalda y sentí cómo penetró en mi cuerpo. Zendor le dio un golpe en el mentón a mi agresor y lo lanzó al suelo. A los otros dos pude controlarlos finalmente. Lancé golpes, pero más que con mi cuerpo, fueron con mi energía. Tuve temor de herirlos o hacerles daño. Ellos al comprender que ahora la lucha era de dos contra dos, y siendo Zendor más fuerte que ellos, prefirieron salir huyendo. Dejaron a su compañero en el suelo, semiconsciente.

Nosotros también nos alejamos. Sólo cuando estuvimos a salvo en un callejón, noté un gran dolor en mi espalda. Puse mi mano allí y sentí cómo la sangre salía. Apreté fuerte y logré cerrar la herida con mi pensamiento. Le di

órdenes a mi cuerpo de que cambiara su estructura molecular allí, aliviando la herida. Anticuerpos estuvieron contrarrestando cualquier infección que pudiera presentarse.

Zendor se acercó a mí preocupado y me preguntó:

—¿Estás herido? Déjame ver qué te hicieron.

Al levantar mi camisa rota y manchada de sangre, no encontró ninguna herida; sólo la piel manchada con mi sangre de un tono rojizo menos intenso que la de los humanos. Él se sorprendió mucho.

—Fue sólo un rasguño —le dije para disimular—. No pudieron herirme, únicamente me rasparon la piel.

En ese momento escuché claramente en mi mente la voz de mi comandante, a través de un mensaje telepático.

—Nos alegra que estés bien —me dijo—. Estuvo cerca, y la próxima vez estaremos más atentos para evitarlo.

Comprendí que si el puñal hubiera alcanzado algún órgano vital, quizás no habría tenido las fuerzas para curarme a mí mismo y seguramente no estaría más allí.

—Eso no tiene importancia ahora —le dije—. He encontrado a Zendor. Más adelante los contacto para dar más detalles.

—No puedo creer que no lo hayan herido — me dijo Zendor, cuando aún observaba mi espalda buscando la herida—. Yo vi cómo le clavaron el cuchillo.

Estuve tranquilizándolo y explicándole que sabía que quizás iban a asesinarlo si no intervenía, y por ese motivo lo había hecho.

—Muchas gracias por la ayuda —me dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Luis Carlos —le respondí.

—Bueno, Luis Carlos, estoy muy agradecido por esto. Ahora somos como hermanos, aunque por la diferencia de edades entre nosotros parezco más tu padre. Me llamo Sergio. Algunos me dicen “Serio” como apodo, porque soy poco amigable.

Estuve observándolo. No podía comprender cómo un ser que ha vivido en el espacio exterior, viajando de un planeta a otro, en misiones de gran amor, ayudando a la Creación en sus planes evolutivos, fuera a terminar en la persona que tenía al frente. Tenía 33 años, un rostro lleno de arrugas y un aspecto corpulento, pero a la vez un poco demacrado. Un pie había tenido alguna fractura años atrás y, como no fue bien curada, cojeaba ligeramente. Yo, en cambio, un joven delgado y de rostro más fino contrastaba con aquel ser. Creo que me resultaba difícil ocultar mi apariencia extraterrestre aunque mi disfraz fuera bien elaborado.

Él me invitó a un lugar donde conseguía comida gratis y allí podría compartir parte de su almuerzo conmigo. Llegamos a un parque donde una joven lo esperaba con algunos alimentos. De lejos sentí una energía que me parecía muy familiar.

Nos acercamos más y ¡oh, qué sorpresa!, se trataba de mi gran amiga Andrea. Al verme llegar sus ojos brillaron con alegría.

—Luis Carlos, ¡al fin te encuentro! —me dijo—. ¿Dónde te has escondido? Te he estado buscando por varios días.

—Estaba muy ocupado, lo siento —le dije.

Ella irradiaba una luz rosa en su aura. En ese momento comprendí claramente que aquella chica estaba enamorándose de mi.

—Este muchacho amigo tuyo es un héroe —le dijo Zendor—. Me ha salvado la vida. Unos desgraciados trataban de quitarme el poco dinero que había recogido hoy trabajando en la calle. Él llegó y me ayudó en la pelea.

—¿Estuviste peleando tú también? —preocupada me preguntó—. No te han hecho daño, ¿verdad?

—No, por su puesto que no. Pudimos ahuyentarlos sin problemas. Ahora todo está bien.

Más tarde, mi amiga me contó cómo ha venido ayudando a Zendor, es decir, a Sergio. Él es alguien de escasos recursos y ella le trae comida frecuentemente. Parece que han desarrollado una gran amistad. Él la quiere mucho y siente el deseo de protegerla, como a una hija, una indefensa e intrépida joven con mucha sensibilidad en medio de un ambiente agreste. Con razón mi comandante me decía que había detectado alguna relación entre ella y

Zendor. Era curioso como las circunstancias nos iban llevando al encuentro. Nada sucede por casualidad, me decía siempre mi guía.

Contento por haber logrado el primer paso de mi misión, al haberlo encontrado, regresé al bosque, al lugar de meditación. Deseaba escuchar nuevamente a mi guía. Sus palabras siempre me renovaban.

—Estoy muy apenado —le dije, luego de compartir mi entusiasmo del encuentro—. Hace varios días no hablaba contigo.

—Amigo mío —me dijo con su sonrisa acostumbrada y su amor infinito—. Sé que has estado preocupado por aquellos sentimientos que tienes hacia Andrea. No debes apenarte de sentir profundamente ese amor. Es un sentimiento muy bello y eleva tu nivel evolutivo.

—Pero tengo la sensación de que si me enamoro podría quedar atrapado en este planeta —le dije—. Lucho contra ese sentimiento, que aquí es fuerte y me hace sentir mucho apego.

—Más que luchar, Jendua, debes elevarlo al lugar sublime de donde procede. Cuando sientas ese amor hacia ella, siéntelo muy profundamente, muy dentro de ti. Siente esa conexión amorosa hacia ese ser. Luego percibe que esa misma unión existe con todos los demás.

En esos momento me vi a mí mismo flotando sobre la Tierra. Mi guía había llevado mi mente al espacio exterior. Desde allí observé lo bello y hermoso que es este planeta azul, frágil e inocente, navegando en la inmensidad del espacio infinito. Allí sentí ese amor que mi guía describía. Sentí a todas las personas en cada ciudad, en cada pueblo, en cada isla. Sentí todos esos seres, con sus ilusiones, sus experiencias, sus dificultades y sus alegrías. Llegué a sentir sólo una ínfima parte de aquel amor que mi guía irradiaba hacia la Tierra y toda su Creación. Sin embargo, era un sentimiento de unión muy fuerte, como si todos los seres de este pequeño planeta fuesen mis hermanos más queridos, o mis hijos más adorados.

—Ese amor es universal —me dijo—. Es la fuerza pura de la Creación que une a todos los seres más allá del tiempo y el espacio. Andrea es sólo una manifestación de toda esa grandeza. Cuando estés con ella, no luches contra tus sentimientos. Déjalos fluir y dirígelos hacia todos los seres que hacen parte de este lugar de aprendizaje que llaman planeta. Controla tus pensamientos, pues ellos crean el futuro que te espera frente a ti. En la Tierra aún no existe

conciencia del efecto que causan aquellas energías discordantes que manejan sus habitantes.

Observé en ese momento sobre el planeta, un patrón de colores del aura global. Era algo similar a lo que monitoreábamos desde nuestras naves en órbita alrededor de la Tierra. Podíamos predecir problemas en algún lugar o en otro, como si fuese el clima, pero a cambio de zonas de baja o alta presión, observábamos zonas de energía psíquica baja o alta. A cambio de tormentas, observábamos lugares donde ocurrirían guerras o grandes cataclismos y desastres naturales.

—Los seres humanos no comprenden aún —continuaba mi guía— que estos desastres son sólo una reacción natural de su planeta, que como un organismo viviente se enferma y rechaza lo que le hace daño. Los pensamientos de los seres de la Tierra enferman o curan al planeta. Esta realidad sólo la conocerán en el nuevo estado. Sólo entonces podrán tener conciencia del verdadero poder de su mente como colectividad. En el nuevo estado, con un planeta en un nivel más elevado, esos pensamientos tendrán también un alto poder. Si no controlan esto, si no sacan de sus mentes ese egoísmo, ese deseo de control, esa falsa sensación de aislamiento, el planeta mismo se encargará de controlarlos. Han existido muchos planetas que llegan a este estado, a este punto de cambio. Es como un examen que debe afrontarse para progresar o regresar a repetir el curso. Cada ser humano debe elevar sus pensamientos hacia el amor y la paz; ese será el boleto de entrada en la nueva Tierra, aquella próxima a nacer.

* * *

Los días que siguieron a mi encuentro con Zendor fueron más fáciles para mí. Había completado ya la fase uno de mi misión. Había logrado encontrarlo. Ahora ya desde el espacio exterior, mis amigos de la Confederación conocían la clave vibratoria de su aura y podrían rastrearlo continuamente. Venía entonces la fase dos. Tendría que irlo despertando poco a poco para que fuera recordando lentamente quién era y qué hacía en la Tierra. Este proceso podría tardar otros siete años. Sin embargo, yo solo permanecería allí unos pocos meses. Bastaría con dar el impulso inicial y él debería continuar adelante. Existía el riesgo de que Zendor no quisiera afrontar su misión y prefiriera mantenerse dormido. Esto no podríamos evitarlo, pues sería su libre decisión. Una de las leyes que siempre seguimos es la no intervención. Podemos aconsejar pero no forzar. Afortunadamente para la Tierra eran muchos que, como Zendor, tenían una misión especial. Cada ser tiene su misión —decía mi amigo y guía espiritual—.

Todas son igualmente valiosas; cada una es adecuada a las capacidades que cada ser tiene en su estado evolutivo.

Despertar a Zendor era como despertar a alguien que llevaba mucho tiempo durmiendo. No podría ver toda la luz del nuevo día en un solo momento. Su despertar debería ser gradual.

Zendor, o Sergio, como lo llamaban en la Tierra, me contó su historia, al menos aquella que recordaba de su vida actual. Había nacido en un hogar muy pobre. Sus padres lo trataban en ocasiones muy mal. Él no podía aceptar esa situación y a los 6 años escapó a la calle. Allí encontró a otros muchachos en condiciones similares. Aun cuando la vida en la calle era muy dura, sin un hogar o una familia que lo protegiera, él se sentía más a gusto y protegido en la sociedad de jóvenes callejeros. Vivía de la caridad de la gente, que al verlo como a un niño desprotegido le daban la limosna que podía usar para comprar alimentos.

Con el tiempo, y al ir creciendo, se enfrentó a muchas dificultades. Ya la gente no quería ayudarle de la misma manera. Por su aspecto y por su edad no podía conseguir un buen trabajo. A los 11 años conoció el mundo de las drogas. Quizás buscaba con ellas olvidar aquel lugar hostil en el que se encontraba ahora. A un ser que viene de mundos de mucha armonía y amor, el planeta Tierra le afecta profundamente. El consumo de las drogas le daba ese escape temporal. Sin embargo, él comprendía que con ello sólo lograba dañar su cuerpo y su mente, y en nada le ayudaría a transformar el mundo exterior. A los 15 años pensó que viviendo en las alcantarillas, debajo de la gran ciudad, estaría más a salvo. Allí no hacía tanto frío; era su hogar.

Pasó viviendo muchos años en el mundo subterráneo de la ciudad y saliendo ocasionalmente a buscar comida. Consumía drogas con cierta frecuencia, aunque para él fuera difícil conseguirlas. Gran parte del dinero que podía obtener lo destinaba a autodestruirse con esas sustancias que los humanos usan erradamente.

Luego de los 11 años, fue imposible para la Confederación mantener el seguimiento de Zendor desde el espacio. Cuando inició el consumo de drogas alucinógenas, esa conexión se perdió. Si los humanos comprendieran en realidad el daño que hacen esas sustancias, no sólo física, sino psíquicamente, no se atreverían a consumirlas. Y si sólo comprendieran las consecuencias que generan en su destino al inducir a otros a usarlas, jamás las producirían. A pesar de lo terrible que me parecían estos actos primitivos, las enseñanzas de mi guía

siempre me sugerían ver con amor todos estas situaciones, con una compasión infinita hacia aquellos seres equivocados. A veces me resultaba difícil verlo de esa forma. Sin embargo, sabía muy bien que el día que pudiera reconocer la perfección en cualquier lugar del universo, en cada actividad y en cada nivel evolutivo, así se tratase de un planeta como la Tierra, sería el indicio de que una transformación estaba ocurriendo en mí y mi unión con la Creación se hacía más fuerte.

Zendor permaneció varios años en las alcantarillas. La superficie de la ciudad era su sitio de trabajo y el mundo subterráneo era su lugar de descanso nocturno. Estuvo allí hasta los 23 años. Salió de ahí, por fortuna, gracias al apoyo que alguien le brindó. Zendor no recordaba bien quién fue, pero aparentemente alguien estuvo sacando varios jóvenes de allí. Su voz de aliento, y saber que se preocupaban por su destino, le hizo reaccionar. Con el tiempo dejó las drogas y decidió cambiar.

Aunque en la actualidad aún está dormido y no recuerda su misión original, en su interior arde ese fuego que trata de salir, esa intuición que lo empuja a hacer algo muy importante, aunque aún no comprenda claramente de qué se trata.

* * *

Era sorprendente ver muchas personas procedentes de planetas en diferentes estados evolutivos, y viajeros espaciales que ya tenían el nivel adecuado para viajar por las estrellas, conviviendo en la Tierra. Todos inconscientes de su origen.

En ocasiones me resultaba gracioso escuchar a algunos de ellos hablando sobre la vida extraterrestre. Aunque muchos ya reconocían que el universo debería estar lleno de vida, no muchos creían que nos encontrábamos muy cerca. Hablaban de seres del espacio exterior. Si realmente observaran dentro de su espacio interior, descubrirían su origen cósmico, y que la distinción entre terrestre y extraterrestre no tiene ningún sentido. Hasta llegaban a producir películas e historias realmente escalofriantes sobre seres del espacio que invadían la Tierra. No comprendían que para un viajero del espacio, acciones de violencia y de esclavitud hacia sus hermanos cósmicos eran una falta muy grave contra las leyes de la Creación, y esto conllevaría al descenso de estos seres a niveles inferiores, donde su poder cósmico no pudiera causar grandes daños. La ley de causa y efecto mantiene el equilibrio de la Creación en todo el universo.

Al cabo del tiempo, y sin proponérmelo, conocí a alguien más. Era un niño de 13 años que vivía también en aquel lugar humilde que ahora habitaba con frecuencia. Él se llamaba Daniel. Era muy inteligente y en su energía había ya detectado algún origen extraterrestre. Sin embargo, llevaba mucho más tiempo en la Tierra que Zendor, y, como él, no conocía su pasado cósmico.

Daniel fue muy amigo mío. Compartíamos muchas cosas. Sus observaciones sobre la vida me parecían muy graciosas. Era un niño descomplicado y práctico. Sabía cómo buscar la ayuda de las personas que podían en un momento dado darle alguna limosna. Afortunadamente, consideraba el consumo de la droga dañino, y tampoco inhalaba pegante de caucho, como sí lo hacían niños de la calle de su misma edad para no sentir hambre.

Daniel tenía ojos negros muy bellos y profundos. Su cabello también era negro y su piel bastante morena.

En una ocasión lo vi acercarse a una señora para pedirle alguna limosna. La señora fue muy seria al comienzo con él. Lo ignoró por completo, sin observarlo o prestarle atención a su pedido.

—Señora, por favor deme una monedita —le dijo—. Si no tiene monedas, no se preocupe, también recibo billetes, cheques y tarjetas de crédito.

—Usted debería estar trabajando, y no pidiendo limosna en la calle —le dijo ella, rompiendo finalmente su silencio.

—Claro, señora. Dígame, ¿dónde puedo trabajar? Usted puede darme trabajo. Soy bueno arreglando jardines, lavo carros y limpio zapatos.

—Yo no estoy obligada a conseguirle trabajo. Eso algo que usted debe encontrar. Además, usted es sólo un niño. ¿Dónde están sus padres? Debería estar en su casa, o estudiando.

—Señora. No conozco a mi papá. Mi mamá está muy lejos y aún no sé cómo llegar hasta ella. No he encontrado una escalera suficientemente grande que suba por encima de las nubes. Ella murió hace dos años y ahora está en el cielo.

Ella transformó su rostro profundamente. En su aura noté tristeza por la suerte del pequeño. En su corazón se sentían lágrimas mudas ante esta situación. Sacó una moneda, se la dio y se alejó. En sus pensamientos percibí cómo

maldecía a este mundo y a esta ciudad; ambos llenos de injusticias. Era una mujer muy sensible. Sin embargo, hubiese sido mejor si ella, más que compadecerse, hubiese ayudado a aquel niño. Daniel necesitaba una nueva madre y ella perfectamente podría cubrir esta misión. Ya sabía que más adelante, en la Tierra renovada, niños como Daniel no pasarían estas dificultades. Sobrarían madres y hermanos para cuidarlo.

Daniel permaneció conmigo de ahí en adelante. Muchas veces me acompañaba y le daba gran parte del dinero que me pagaban en la casa de Andrea por ejecutar varias labores, como lavar el automóvil, arreglar el jardín y otras que hacíamos con mucho gusto juntos. No necesitaba las monedas o billetes que me daban; estos, y otras cosas que necesitara, sabía muy bien cómo materializarlos a partir de la energía cósmica universal.

El despertar

Con el comandante de la misión definimos la estrategia para ayudar a Zendor a recordar su pasado remoto y la razón de su presencia en la Tierra. Esto nos tomaría 16 semanas. Cuando se completara este periodo, yo tendría que regresar al espacio; otras misiones de ayuda me esperaban en otros sitios de la Tierra.

Un día salimos de la ciudad con Zendor, con Daniel y con Andrea. Era un día de campo, para alejarnos del ruido, la congestión y el estrés de la ciudad. Los padres de Andrea desconocían cual era su destino y compañía. Salimos rumbo al norte, hacia un embalse no muy lejos de la ciudad. El día era esplendoroso. El sol brillaba en el cielo azul muy profundo.

Los cuatro formábamos un grupo muy particular. Sergio, el mayor de todos, parecía nuestro padre. Andrea y yo, casi de la misma edad, parecíamos dos hermanos. Y el joven Daniel, era como nuestro hermano menor. A pesar de la diferencia de nuestras edades, entre nosotros existía una conexión oculta y misteriosa, que más adelante descubriría.

Íbamos contentos, conduciendo el vehículo color blanco. Ascendimos por una carretera hacia una zona más alta. El camino era angosto y estaba en mal estado. Sin embargo, se veían otros conductores que iban hacia el mismo lugar. Eran familias que salían de día de campo. El olor de los pinos, los eucaliptos y el aire puro de las montañas nos renovaba. Realmente este planeta era hermoso. Qué afortunados eran sus habitantes y qué inconscientes de estas energías naturales que les rodeaban. Si yo viviera en este planeta, pensé, estaría habitando montañas como esas que se presentaban imponentes ante mi vista.

Llegamos a la parte superior de las montañas. Allí había un embalse realizado años atrás y el lago se presentaba frente a nosotros en toda su magnificencia. Avanzamos un poco más y nos internamos entre una reserva forestal. Detuvimos nuestro vehículo en la orilla del lago. Andrea sacó varios implementos, una pequeña mesa y unas sillas portátiles. Pusimos allí un mantel blanco, con estrellas dibujadas en él. Sergio encendió el fuego en una estufa de piedra, localizada allí para que los turistas pudieran cocinar sus alimentos.

Luego de almorzar salí a dar un paseo con Andrea por el bosque aledaño al embalse. Caminamos debajo de unos pinos. Allí había un silencio acogedor y se escuchaba sólo el sonido de un pequeño arroyo. Nos sentamos frente a esta corriente de agua pura. Algunas aves cantaban en la distancia y el sol escasamente penetraba sus rayos por entre las ramas de los árboles.

—Has estado muy alejado de mí —me dijo mi amiga.

Observé sus ojos profundos, aquellos que me hechizaban. Su cabello brillaba al reflejar un rayo de sol que caía sobre ella.

—Andrea, lo siento. Me he alejado a propósito.

—¿Por qué haces eso? —me preguntó.

—Amiga mía, es muy difícil explicarlo. Solo puedo decirte que tengo temor.

—¿Temor? ¿Por qué?

Tomé aire profundamente, observé todo ese maravilloso lugar, tratando de obtener de los árboles la sabiduría para decir las palabras justas, y para no herir a mi amiga. Luego de un instante, simplemente le dije la verdad.

—Temo enamorarme de ti.

Ella se sonrojó y volteó la mirada hacia un costado y hacia abajo. Permanecimos en silencio por un momento.

—Temo quererte demasiado para luego tener que marcharme —continué diciéndole—. No estaré aquí por mucho tiempo y no quiero que sufras más adelante.

Ella me observó con asombro y tristeza.

—¿Marcharte? ¿A dónde piensas irte? —me preguntó.

—Muy lejos…, muy lejos.

—¿Y por qué te marchas?

—Andrea, no puedo explicártelo. Yo estoy aquí temporalmente. Debo regresar a donde pertenezco. En unos pocos meses ya no me verás más.

La observé directamente a los ojos. Le irradié un pensamiento de amor muy profundo. Ella sintió esa energía que procedía de mí. Me observaba con mucho cariño y no sabía qué sentía realmente en su corazón. A veces la notaba confundida, quizás más de lo que yo estaba. Me miraba como a un hermano, como a Carlos que había ya pasado a otra dimensión luego de su "muerte". También sentía desde ella ese sentimiento tan fuerte y tan bello; la sentía profundamente enamorada. Le gustaba mucho mi forma de ser, mi compañía y quizás aquella energía que mi aura proyectaba y que se entrelazaba con la suya, aun cuando no era consciente de ello.

—Si te vas a ir —me dijo— debemos aprovechar el tiempo para estar juntos. Quiero ser tu amiga. Quiero estar contigo más tiempo. Quiero escuchar tu voz, tu sabiduría y todo eso que me hace sentir muy bien…, pero no sé si eso sea lo que tú también quieras.

Me observó con esa mirada dulce. Sus ojos verdes penetraban dentro de mi ser. ¿Dónde había yo conocido a esta hermosa criatura antes? ¿Por qué su mirada y su energía me parecían tan familiares? Acaso, como mi guía me decía, ¿la fruta aún no estaba madura y no podría encontrar las respuestas? Tendría que dejar que fueran llegando poco a poco.

Me acerqué a ella y la envolví con mi brazo cubriéndola con mi pesada chaqueta para que no sintiera frío.

—Amiga mía. Será muy agradable estar contigo mientras pueda. Te amo mucho y espero que encuentres en la vida todas las cosas buenas y bellas que te permitan evolucionar.

—Yo también te amo —me dijo.

Acercó su rostro al mío, me observó con mucha dulzura y nos besamos.

Su aura rosada creció y me envolvió completamente. Mi aura se mezcló con la suya y dentro de mí sentí una alegría infinita. Nuestro resplandor llenó ese lugar y los árboles sintieron esa energía que emanábamos. El bosque se alegró de nuestra unión espiritual, pura y silenciosa.

Permanecimos allí varios minutos, quizás varias horas. El tiempo no era importante ya. Me sentía profundamente enamorado. Percibía ese sentimiento y lo dejaba crecer. Imaginaba cómo ese amor cubría todo el bosque, todos los árboles, las montañas, a todas las personas que estaban en ese embalse en aquel

maravilloso día. Llegué a sentir a todo el planeta y a todos sus habitantes. Cada ser era una vida llena de experiencias. Cada uno era todo un universo de amor.

La tarde se enfrió un poco y decidimos regresar. Caminamos, tomados de la mano, respirando el aire puro del lugar, sintiendo el aroma ensoñador del bosque y escuchando el canto de las aves que regresaban a sus nidos, preparándose para la noche que se acercaba.

Cuando llegamos de regreso a la orilla, nos encontramos con Daniel. Estaba emocionado y la vez un poco asustado.

—¿Dónde estaban? Los estábamos buscando —nos dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Andrea.

—Hace una media hora estamos observando una luz misteriosa.

Nos señaló el cielo, sobre las montañas. Allí la vimos. Una luz brillante que cambiaba de colores. Estaba estática. Sabía que se trataba de una de nuestras naves. Reconocí su energía.

Zendor estaba estático. La observaba y no comprendía de qué se trataba. Inicialmente pensó que era un avión, luego imaginó que se trataba de un globo. Pero al cabo del tiempo comprendió que era algo no común.

La luz fue aumentando su brillo. Algunas personas que permanecían aún allí, también la observaban. La nave fue acercándose. Descendió hacia el centro del lago y se mantuvo a unos tres metros de su superficie. Era de forma lenticular y plateada, con apariencia sólida y luminosa a la vez. Mis amigos del espacio habían enviado una nave de reconocimiento, de unos veinte metros de diámetro. Sentí que dentro de ella estaba Arsion, mi amigo espacial, con otros tres tripulantes. Habían descendido el nivel energético de la nave y se hacía ahora visible en la tercera dimensión.

Daniel reía y gritaba de emoción.

—¿Si la ven? ¿Si la ven? Está ahí. Es hermosa —decía.

En cambio Zendor, con sus 33 años, no había visto algo similar y permanecía petrificado.

Unos jóvenes que estaban cerca de nosotros comenzaron a sentir un poco de pánico. Por tal motivo, Arsion, el tripulante de la nave, decidió alejarse. La

nave comenzó a elevarse verticalmente hasta llegar a unos mil metros de altura, donde de nuevo parecía un punto luminoso. En un instante aceleró y se perdió detrás de las montañas.

Permanecimos allí un par de horas más. Daniel aún conservaba el entusiasmo que por momentos se convertía en un poco de histeria. Andrea estaba asustada, pero emocionada. Zendor continuaba en silencio. Algo dentro de él comenzaba a removerse. Un sentimiento percibí, cómo de haber perdido el tiempo y haber defraudado a alguien en los reinos espirituales.

Subimos al auto y regresamos. Yo mismo tuve que conducir, pues luego de esa experiencia ninguno tenía las facultades necesarias para hacerlo. Había anochecido ya. Conduje lentamente. Soy experto manejando naves espaciales, tipo exploratorio, puedo esquivar asteroides o entrar rápidamente en una atmósfera planetaria plagada de tormentas eléctricas sin que ninguna descarga pueda afectar mi nave, pero este vehículo terrestre me resultaba poco familiar, sin ayudas electrónicas o sistemas de navegación.

Durante el camino de regreso, Daniel no quitaba la vista del cielo estrellado, esperando que la nave volviera a aparecer. Al igual que mi amiga Andrea, Zendor permanecía en silencio, encerrado en sus pensamientos.

Dejamos a Daniel y a Zendor cerca de su casa. Seguí conduciendo hasta el hogar de Andrea. Llegamos allí y detuve el auto.

—¿Qué fue eso? —me preguntó mi confundida amiga—. ¿Qué vimos en el lago?

—Dime, ¿tu qué viste? —le pregunté.

—Lo mismo que tú. Era un OVNI, una máquina voladora brillante, o lo que tú quieras que sea.

—Bueno, pues fue sólo eso, una máquina voladora.

—¿Quiénes son ellos? —me preguntó—. ¿Los conoces?

Me asombró su pregunta. ¿Acaso mi amiga sospechaba sobre mi origen extraterrestre? Sabía que quizás sospecharía algo, pues todo alrededor mío era misterioso. No quise continuar con la conversación. Era mejor esperar a que este suceso fuera asimilado con el tiempo y podríamos hablar sobre eso después.

—Andrea. Dejemos para más adelante esta conversación —le dije—. Tus padres deben estar preocupados pues es muy tarde ya. Descansa y hablamos mañana. Nos vemos en el parque, en el lugar donde te encuentras con Sergio.

Ella aceptó. Salí del vehículo. Tomó el volante y estacionó en su garaje.

Esa noche caminé desde su casa hasta mi lugar de descanso. Por el camino pude escuchar la voz de mi comandante. Todo marchaba tal y como lo habíamos planeado. El avistamiento era parte de la estrategia. Tendría que esperar unos días y podría ya conversar con Zendor.

Esa noche las estrellas brillaban maravillosas en el cielo. En el espacio exterior no las veía titilar como en la Tierra. Era asombroso ver todos esos astros parpadeando en la noche silenciosa.

* * *

Durante los días siguientes, el joven Daniel estuvo más cerca de mí que antes. La experiencia del lago le había despertado mucho la curiosidad. Era un niño muy inquieto e inteligente, por lo tanto, deseaba comprender todo lo relacionado con los OVNIS, como aquel que había observado con nosotros. Andrea, en cambio, parecía evadir la conversación. Quizás en su interior, dentro de su subconsciente, sabía de mi origen extraterrestre y que tarde o temprano yo tendría que regresar al espacio.

Con mis tres amigos estaba en el parque que acostumbrábamos visitar. Sergio y Andrea fingían no mostrar interés en la conversación que tenía con el joven Daniel.

—Pero ¿de donde vienen? —me preguntó Daniel.

—Vienen de muy lejos, del espacio exterior —le respondí.

—¿Cómo sabes eso?

—Bueno —le dije—, he venido estudiando esto desde hace mucho tiempo. No es la primera vez que veo algo así.

—¿Eso que vimos fue entonces una de sus naves espaciales?

—Sí.

—¿Y por qué no aterrizaron para hablar con nosotros?

—Si hubieran aterrizado mucha gente se habría asustado, ¿no crees? ¿No escuchaste cómo gritaba la gente a nuestro alrededor? No es normal que una nave espacial, con seres del espacio exterior, aterrice frente a uno, bajen a saludarlo y digan ¡Hola!

—Claro que no —me dijo Daniel, soltando una carcajada—, pero pudieron esperar a que las otras personas se fueran y luego sí aterrizar. Yo no tenía miedo.

—Lo sé, Daniel, lo sé. Pero Sergio y Andrea sí estaban asustados.

—No, ellos no. Sólo estaban callados.

En esos momentos Andrea se acercó a nosotros. Entró en nuestra conversación. Hizo muchas preguntas, algunas muy profundas, como alguien que interroga a un extraterrestre, aunque en ningún momento me dijo abiertamente lo que sospechaba de mi origen.

—¿Por qué están aquí? —me preguntó.

La observé con detenimiento y noté que Zendor se interesaba ahora en la conversación.

—Bueno —le respondí—, ellos desean ayudar a la Tierra.

—¿Por qué la Tierra necesita ayuda? —volvió a preguntar.

—La Tierra está en un periodo crítico. Ha avanzado hasta tal punto, que su tecnología puede destruir el planeta y la vida que hay en él.

—Si la tecnología puede destruirnos, y ellos tienen tecnología avanzada, ¿no puede ser más peligroso que al contactarnos entreguen estos conocimientos a alguien que pueda usarlos mal?

—Ellos no desean hacer eso —le dije—. Sólo desean enseñar que el amor puede transformar un planeta entero. Si la Tierra no vibra en amor puro, sus habitantes seguirán con el impulso primitivo de destruir. Finalmente sólo lograrán destruirse a sí mismos. Todo planeta llega a un punto donde debe pasar algo así, como un examen. Es el punto donde la tecnología debe usarse para beneficio de la raza que lo habita, no para su destrucción. Si se alcanza el estado de amor, donde se reconoce que todos los seres somos hijos de la misma Creación, no habrá más conflictos, pues no podremos hacerle daño a un hermano, así su color de piel sea diferente, o hacerle daño porque sus creencias, basadas en sus propias experiencias, sean distintas de las nuestras.

—Si desean ayudar realmente, ¿por qué no se presentan públicamente? ¿Por qué no descienden delante de todo el mundo y dan a entender eso que tú dices?

—El espíritu belicoso aún está dentro de la naturaleza humana —le respondí—. Si ellos descienden, muy probablemente pensarán que los seres del espacio vienen a invadir o a dañar, o a sacar provecho de los seres de la Tierra. Además, nos les es permitido intervenir. Si interfieren directamente con la evolución humana, los seres de la Tierra no habrán aprendido. Lo único que pueden hacer es dar consejos basados en su conocimiento y experiencia.

—¿Cómo se puede saber que algunos de los extraterrestres no vienen a causar daño? El bien y el mal están en todas partes, supongo que también hay extraterrestres buenos y malos, ¿o no?

En ese momento respiré profundamente y pedí la inspiración de la Creación. Sentí cómo una energía amorosa me cubría. Mi aura tomó un gran brillo. Daniel seguramente pudo ver algo de ese resplandor, pues dio un paso atrás y estuvo estático observándome.

—Amiga mía —le dije—, en el universo no existe bien o mal, sólo existe sabiduría o ignorancia. Eso que llamas maldad sólo es ignorancia, aquella que hace que algunos seres hagan daño a otros que son parte de la misma Creación. Seres ignorantes, o que aún están aprendiendo las leyes naturales, permanecen en planetas como la Tierra y no les es permitido viajar de un lugar a otro del espacio. Para hacerlo, necesitan niveles evolutivos más altos para poder desplazarse en el espacio-tiempo. Si algún ser tiene la capacidad de hacerlo, ya habrá superado el nivel en el cual está en la Tierra. Habrá comprendido las leyes naturales y no se sentirá como un ser aislado. Será parte de todo, parte de la Creación y parte de todos los seres que habitan el gran cosmos.

Ellos se quedaron en silencio. Sólo me observaban. Así estuvimos por un lapso de tiempo. Luego de unos minutos tratamos de volver a la rutina diaria. Conversamos del clima, de la ciudad, de la gente que conocíamos y de otros temas cotidianos. Más tarde cada uno se marchó para su casa. Zendor todavía estaba asimilando todo lo que estaba pasando a su alrededor. El cambio estaba dándose poco a poco.

* * *

—¿Cómo va Zendor? —le pregunté a mi comandante.

—Va mucho mejor —me dijo—. Sin embargo, aún no recupera el estado evolutivo mínimo para poder iniciar su misión.

Tendría que darle un poco más de tiempo. Sabía que habría que continuar con el proceso del despertar. Cuando alcanzara el nivel adecuado, ya estaría listo, y esa sería una de las etapas finales de mi misión.

Habíamos considerado la posibilidad de subirlo a una de nuestras naves. Sin embargo, ese era un último recurso no muy deseado. Ya en el pasado habíamos hecho algo así. Habíamos recogido a algunas personas, les habíamos permitido recordar algo de su pasado, les habíamos dado lo necesario para reiniciar su misión. Sin embargo, algunos de ellos habían desviado su ruta y ahora sacaban provecho económico de lo que sabían; habían convertido el dinero en su objetivo principal. Otros, simplemente, al cabo de un tiempo olvidaron lo que habían vivido; veían todo eso como un sueño o una alucinación. Unos pocos, en cambio, al venir a nuestra dimensión, sí habían logrado un despertar completo y se mantenían ahora firmes en su misión, estando siempre sincronizados con la Creación. Pero este era un grupo muy reducido, y la Tierra requería mucha ayuda.

No es fácil llevar a alguien de la Tierra al espacio exterior. Sólo unos pocos habitantes del planeta están capacitados para ser conducidos allí. El nivel de amor y de evolución no es suficiente para elevarlos a todos en una de nuestras naves. Estábamos listos para rescatar a toda la humanidad si fuese necesario, en caso de crisis total. Pero no podríamos hacerlo, pues apenas 10% tendría el nivel de evolución para venir a nuestra dimensión, y algunos de ellos podrían tener temor de nosotros. No es posible abordar una nave que está en cuarta dimensión cuando el que lo hace permanece aún en la tercera dimensión. O si tiene temor o no desea subir, tampoco podemos obligarlo; es parte de las reglas.

Nuestros cálculos, más las enseñanzas de nuestros guías, nos indicaban la posibilidad de un gran desequilibrio en la Tierra. El campo magnético de la Tierra, esa aura natural que lo recubre, podría entrar en un cambio radical e invertir su polaridad. Al hacerlo, la Tierra tendría que girar completamente para alinearse con el campo magnético del sol. Este giro incrementaría las tensiones superficiales geológicas, y muchos sismos, hundimientos y levantamientos de placas tectónicas sucederían. Esto ha sucedido ya varias veces en este planeta, sólo que ahora sobre él hay varios miles de millones de seres humanos.

Adicionalmente, un pequeño asteroide podría caer en el océano Atlántico, originando olas gigantescas que afectarían las zonas costeras de una amplia zona

de la Tierra. Luego de la explosión, por el impacto, se oscurecería la atmósfera por algunas semanas. Además, habría sismos continuos durante ocho horas en muchos lugares del planeta.

El calentamiento de la atmósfera, debido al incremento de gas carbónico por el consumo extensivo de combustibles fósiles, conduciría a desórdenes del clima a gran escala. El nivel de los océanos ascendería varios metros. Todo el ecosistema natural se vería afectado.

El desequilibrio mental de algunos de los gobernantes de la Tierra podría conducir al desencadenamiento de guerras sangrientas; muchas de ellas con el empleo de armas nucleares y de otras armas nuevas que ya se tienen listas, pero ocultas a la humanidad; preparadas para ser usadas. Esto haría más crítica la situación.

Sin embargo, todo esto podría evitarse si aquellos seres que viven en el planeta en continuos problemas se transformaran en seres de paz y amor. La Tierra se modificaría y sería como un organismo lleno de salud, al estar sus células, o seres humanos, saludables.

Teníamos desde hace varios años un plan de contingencia en caso de que estos desastres ocurrieran. Podríamos evacuar a todo aquel que estuviera preparado y quisiera aceptar nuestra invitación a ser llevado en nuestras naves. Sin embargo, esto ha tenido siempre varias dificultades. No es fácil hacer entender a los habitantes de un planeta que no están solos en el universo ni que sus compañeros del espacio se preocupan por su destino. La Tierra ha sido mantenida en una especie de cuarentena, sin contacto con entidades extraterrestres, permitiéndole evolucionar sin interferencias externas. Pero ha llegado el momento en que muchos conocimientos ocultos a la humanidad serán develados.

Por otro lado, los habitantes de la Tierra mantienen aún ese estado de belicosidad. Es difícil descender y decir vengo en paz, cuando en su interior esperan una invasión o ataque por una fuerza superior. No comprenden que llevamos muchos milenios cerca de la Tierra, y si quisiéramos invadir o destruir la Tierra, no habríamos aguardado hasta que pudieran desarrollar su tecnología. Tampoco comprenden que no es posible hacer daño sin que este se regrese a quien lo ha causado. Ni comprenden que no podemos dañar a una parte de la Creación a la cual pertenecemos. Varias veces nuestras naves se acercaron tímidamente a zonas donde hay bases militares, e inmediatamente fueron atacadas, como si se tratase de un enemigo nuevo y más poderoso. Hasta los

seres humanos hacen películas en donde se muestran atrocidades producidas por una cultura extraterrestre. Todo esto evita que se conozcan nuestras intenciones y nuestra misión en la Tierra. Pero llegará el momento, en que sus habitantes descubrirán que aquella pesadilla sólo está en su interior, entenderán que el mayor enemigo está dentro de sí mismos y que para combatirlo solamente se requiere usar el arma del amor. Sólo entonces sus temores desaparecerán.

—Ellos irán despertando poco a poco al ir la Tierra elevando su nivel evolutivo —me decía mi guía—. En el amanecer hacia un nuevo estado de conciencia, recordarán su origen extraterrestre y aquellas experiencias que ya han tenido en otros lugares del universo. Comprenderán que los enemigos no se encuentran detrás de una frontera; no están más allá, en el espacio exterior; ni en otra cultura, raza, religión o creencia. Entenderán que el enemigo mayor se encuentra dentro de ellos mismos. Cada uno deberá luchar ese batalla contra la ignorancia, contra el temor, contra el odio y en contra del deseo de poder y destrucción que hay dentro de sí. Cuando el Amor vibre en cada uno, comprenderán que no existen extranjeros, ni extraterrestres, ni ideas extrañas. Sólo existen diferentes experiencias y conceptos de lo que es la Creación. Sentirán esa unión universal y su soledad habrá desaparecido. Serán parte de todo, y el Todo se regocijará con su hijo pródigo que regresa a su origen.

* * *

Fui invitado a cenar en la casa de los padres de Andrea. Antonio y Clara eran muy amables conmigo y nuestra amistad se fortalecía cada vez mas. La tristeza de la muerte de su hijo ya estaba desapareciendo y se transformaba en un sentimiento de sabiduría. Aunque los humanos tuvieran muchos problemas, estos los hacían más sabios.

Estábamos sentados en un gran comedor. Había algunos cuadros alrededor, algunos paisajes y bodegones. Una lámpara con pequeños trozos de cristal colgaba del techo e iluminaba todo el salón. La energía irradiada en ese lugar era agradable.

Una empleada que trabajaba en su hogar nos servía la cena y, junto con un mayordomo, estaban pendientes de cada detalle que faltara. Me sentía incómodo al ser servido por ellos; tenía el deseo de decirles que se sentaran y nos acompañaran a cenar. Sin embargo comprendía que había que respetar las costumbres de su hogar. A la criada la llamaban María Lucía, aunque su verdadero nombre era Sileana. Ese nombre lo escuchaba como una vibración sonora cuando observaba su aura. También pude observar allí una imagen lejana

de cuando Sileana vivía en Egipto. Era una mujer con mucho poder y a ella la servían muchos esclavos. Sabía que los humanos, a través de varias experiencias nuevas, aprendían diferentes lecciones, hasta alcanzar el estado elevado de vibración de amor para no tener que volver a nacer en una nueva vida. Sileana había desaprovechado su oportunidad de ayudar a muchos esclavos cuando estuvo en Egipto, y a cambio de eso, contribuyó a que la esclavitud fuera aún mayor.

El mayordomo, en cambio, había tenido varias experiencias en América del Norte, algunas veces como indio pielroja, y otras como un vaquero del oeste americano. Con él me resultaba más difícil descubrir aspectos de su pasado. Su aura estaba cerrada por el consumo de droga. Tenía una mancha energética, densa y gris, sobre su cabeza. Le irradié un pensamiento de amor para darle ánimos y sacar de sí ese rencor que le hacía destruirse lentamente con el consumo de esas sustancias alucinógenas.

—¿Cómo van tus cosas? —me preguntó Antonio, sacándome de mis pensamientos.

—Todo muy bien, muchas gracias —le respondí.

—¿Aún sigues viviendo en las colinas? —me preguntó Clara, su esposa.

—Sí, señora, aún vivo allí. Creo que estaré en ese lugar un par de meses más.

—¿Y adónde piensas ir después?

—Bueno, a mi lugar de origen. No soy de aquí y sé que tendré que regresar con los amigos que dejé atrás.

—¿De dónde eres? —ella volvió a preguntarme.

Andrea me observaba y sonreía con picardía. En sus pensamientos a menudo notaba que algunas veces se imaginaba que yo era algo así como un ángel que se había materializado de la nada. En otras ocasiones, ella pensaba que era un extraterrestre. Otras veces se sentía confundida y fantaseaba en su mente, imaginándose a ella misma casada y viviendo conmigo, conviviendo con un hijo como Daniel.

—Soy de muy lejos, señora, un lugar que aquí nadie conoce —le dije.

En esos momentos hubo un silencio largo y tenso. Antonio buscó la forma de cambiar el tema de conversación, pues sabía que no daría más detalles sobre mí mismo.

—¿Por qué no vamos al salón y continuamos conversando allí? —dijo.

Todos lo seguimos. Entramos en un salón grande, con un piso de mármol blanco, y algunas columnas en las paredes que adornaban unos nichos donde había unas esculturas.

Nos sentamos allí. Ellos conversaban entre sí sobre lo costoso que estaba el mantenimiento de los vehículos, sobre la política y lo que habían dejado de hacer o hecho mal algunos dirigentes del país.

Clara se acercó a mi silla y comenzó a entablar una conversación sobre la idea que tenía ella de conseguirme un trabajo, en un almacén de una de sus amigas.

—Pienso que es una muy buena idea que trabajes allí —me dijo—. Te van a pagar muy bien.

Cuando estaba escuchándola, sentí en mi cerebro la energía de un mensaje de la Confederación del Espacio; era mi comandante.

—Jendua, ya es tiempo de pasar a la siguiente etapa —me dijo él.

—Estoy segura de que mi amiga Margot estará encantada de tenerte en su almacén…

—Hemos detectado en Zendor un nivel adecuado…

—Margot es muy amable y tú puedes ir escalando posiciones en su negocio…

—Queremos que vengas con nosotros…

—Sólo tienes que atender al público que llegue a comprar…

—Hemos hablado con los guías y aconsejan que tú regreses temporalmente al espacio…

—Margot tiene varios almacenes, podríamos buscar uno que te quede cerca…

—Traerte de regreso, por un corto tiempo, ayudará a la fase final de tu misión…

—En todos vende el mismo tipo de ropa, siempre de última moda…

—Más adelante te diremos dónde te podremos recoger…

—¿Me estás escuchando?

Me quedé en silencio por un instante y rápidamente respondí.

—Sí, señor… disculpe, sí, señora. La estoy escuchando. Infortunadamente tengo que ausentarme por algún tiempo de esta ciudad, pero cuando regrese hablaremos sobre el trabajo que me propone.

Andrea, que estaba pendiente de la conversación, al escucharme preguntó asombrada:

—¿Te vas a marchar?

Sus ojos profundos me observaban nuevamente con detenimiento. Sentí esa tristeza que salía de su interior.

—Es sólo por unos días, luego regreso —les dije—. No se preocupen, volveré pronto.

—¿Y a dónde vas? —me preguntó su madre.

—Voy a encontrarme con unos amigos. Hace mucho tiempo no me reúno con ellos. Debo salir de la ciudad y marcharme muy lejos.

Los tres me observaban con asombro. No comprendían cómo alguien tan sencillo y humilde, como indicaba mi aspecto, de un momento a otro debía irse lejos a encontrarse con sus amigos.

Al cabo de una media hora di las gracias por la cena y salí de la casa. Andrea me acompañó por el jardín hacia la calle. La luna estaba llena y brillante en el firmamento nocturno. Su luz resplandecía en el rostro de mi querida amiga. Un brillo mágico salía de sus ojos.

—Por favor, regresa pronto —me dijo, con un tono de tristeza en su voz entrecortada.

—Regresaré pronto —le dije.

Me acerqué a ella y la abracé fuertemente. La envolví con mi energía y esto la hizo sentirse mejor.

—Debo irme temporalmente, pero regresaré. Aún no he terminado lo que he venido a hacer aquí.

Ella se sintió un poco triste. Sabía que algún día ya no me vería más. Lo sabía y lo había aceptado, sin embargo, guardaba la esperanza de marcharse conmigo a cualquier lugar.

—No puedes venir —le dije.

Ella se sorprendió que dijera eso. Sentía que estaba leyéndole sus pensamientos. Fijó su mirada en mis ojos.

—¿Quién eres? —me preguntó—. Daría lo que fuera por saber realmente quién eres.

—Yo también —le respondí—. Daría lo que fuera por saber quién eres.

Observé su aura y traté de escudriñar en sus recuerdos. Por un momento, en mi imaginación, me vi con un traje plateado, como los que usamos en el espacio, en un hermoso lugar donde el cielo brillaba en tonos pasteles, rosas y violetas. Había dos soles en el cielo y un lago infinito reflejaba sus rayos cálidos. Al lado mío vi a mi amiga Andrea. Estábamos contemplándonos uno al otro, sintiendo dentro de nosotros ese amor infinito que nos unía. En mi mente, ella me decía: "No te demores, te extrañaré mucho".

—No te demores, te extrañaré mucho —me dijo, y me sacó de mi sueño efímero.

—Espero que regreses pronto —me repitió—. No te olvides de nosotros, por favor.

Nos dimos un beso, como ya acostumbrábamos hacer al despedirnos. Me marché en silencio y por el camino de regreso a casa trataba de recordar plenamente esa escena que había visto en mi imaginación. Estaba seguro de que Andrea y yo ya habíamos estado juntos, en aquel planeta de dos soles.

Al llegar a casa me senté a meditar para así lograr abrir la puerta de ese recinto donde se encontraban ocultos mis recuerdos. Tenía que comprender quién era mi bella amiga. Respiré profundamente. Aquieté todo mi cuerpo. Sentí una energía color dorada que me cubría y llenaba toda la habitación. Al cabo de

unos minutos ya estaba concentrado. Volví a traer a mi memoria la escena del planeta de dos estrellas.

Me vi caminando con mi amiga, Andrea. Escuché que la llamaba por su verdadero nombre.

—Mi amada Jensua, siempre estaré contigo —le decía—. A pesar de la distancia, estaremos siempre unidos.

—Jendua, espero que puedas llevar a cabo tu misión.

Recordé que en esa época estaba planeando un viaje a una estrella lejana. Había una tarea importante que hacer, en un planeta donde habitaba una cultura primitiva y necesitaban un "impulso". Fue una misión que mi amigo Arsion y yo realizamos.

—En aquel entonces, tú y Jensua permanecían juntos —escuché la voz de mi guía diciéndome esto.

Observé su bello rostro y su mirada dulce y serena. Había irrumpido en mi meditación.

—Tú y ella han vivido experiencias juntos —continuó mi guía—. Ustedes se separaron temporalmente. Fuiste a servir en otro lugar. Cuando regresaste, descubriste que tu amiga había decidido nacer en un planeta de la tercera dimensión, para servir en una labor como la tuya. Ese planeta es la Tierra. Tu amiga Andrea es Jensua, ese ser que tiene mucha afinidad contigo y que, a pesar de la distancia, siempre permanece unida a ti. Ya has recordado quién es ella. Tu espera ha terminado.

En ese instante unas lágrimas de alegría se escurrieron por mis mejillas. En un momento me desconcentraron y estuve cerca de perder la comunicación con mi guía.

—Amigo mío —me dijo—, es hermoso el reencuentro de las almas afines. Cada uno de vosotros ha aprendido a través de varias experiencias. Ahora pueden volver a estar juntos. Sin embargo, debes comprender que tu servicio aún no termina ni tampoco el de ella.

—¿Cuál es la misión de Jensua? —le pregunté.

—Es la misma tuya. Ayudar al planeta Tierra en estos momentos de transición. Tú estarás sirviendo desde el espacio, y ella lo hará desde la Tierra,

viviendo como cualquier humano. La unión entre lo externo y lo interno siempre crea la transformación. Ustedes harán uno de los múltiples puentes de energía que ayudarán a elevar el nivel vibratorio y hacer menos drástico el cambio.

Luego de hablar con mi guía, y recordar a mi amiga cósmica, experimenté una alegría infinita. Sentía toda mi energía llenando el planeta Tierra. Irradiaba esos sentimientos amorosos hacia todos sus habitantes.

Al cabo de varias horas logré dormirme. En mis sueños volaba libre con mi amiga de siempre. Nos elevamos hacia una luz inmensa y allí permanecimos extasiados, envueltos en la energía del Creador.

Los mundos superiores

Salí nuevamente de la ciudad; iba solo. Esta vez llegué a una laguna más pequeña, circular y encerrada entre montañas. Era un lugar donde hacía varios siglos un meteorito había abierto un cráter, y el agua de la lluvia había llenado el agujero. Por mucho tiempo, indígenas de la región realizaron allí rituales con los que saludaban a sus dioses. Hoy en día era un sitio turístico, aunque aquellos que lo visitaban no eran conscientes de la enorme energía que fluía de allí. Nuestras naves aprovechan este paraje para proyectarse fácilmente de la cuarta a la tercera dimensión. En ese lugar tenía una cita con mis amigos del espacio.

Tuve que caminar por más de una hora desde el lugar donde un transporte público me había dejado. Llegué al anochecer. Permanecí en el sitio pactado por varias horas. Estaba en silencio, solo, escuchando el sonido de los insectos y el ambiente nocturno que me rodeaba.

Hacia la media noche sentí el mensaje de mi comandante. Estaban ya listos para recogerme; no había curiosos cerca. Detrás de la montaña brilló una luz azulada. Ese resplandor se hizo mayor y apareció una de las naves exploratorias. Como mi cuerpo había descendido a la tercera dimensión para venir a la Tierra, tendrían que recogerme en esa dimensión, y por eso la nave se hacía visible.

La nave se detuvo sobre mi cabeza a unos doscientos metros. Luego descendió más hasta llegar a unos cincuenta metros de altura. De su base salió un haz de luz verde que me cubrió plenamente. Usábamos esta energía para limpiar los virus y bacterias que pudieran haber en un cuerpo en tercera dimensión. Luego, un haz de luz violeta me cubrió, transformando mi nivel molecular. Comencé a flotar en el aire y fui ascendiendo hacia la nave. En su base se desmaterializó un círculo de unos dos metros de diámetro y entré flotando por allí. Al llegar a un recinto central de la nave, el piso volvió a materializarse bajo mis pies. Esperé allí durante unos segundos. Arsion salió a mi encuentro y me abrazó.

—Bienvenido a tu casa —me dijo.

Cambié mi ropa por una más cómoda. Me senté al lado de los controles de la nave y la elevamos hacia el espacio exterior, no sin antes sintonizarla en la cuarta dimensión, desapareciendo de los ojos y radares de los humanos. ¡Cuán

agradable era volver a encontrarse en el nivel de amor de la dimensión del espacio! Sentía toda la grandeza de la Creación. Un sentimiento de solidaridad y pertenencia a un Todo superior me llenaba. Llevaba ya muchos meses sin haber percibido ese estado sublime al que pertenecía.

Nuestra pequeña nave se acercó a una nave nodriza. Entramos allí y desembarcamos. Al poco tiempo me encontré con mi comandante. Arsion me dejó a solas con él. Estábamos en una habitación con un techo abovedado.

—Estamos preparando la fase final de tu misión —me dijo el comandante.

Manteníamos esta conversación usando la telepatía, que en nuestra dimensión es la mejor manera de comunicarse.

—¿Por qué me han hecho regresar? —le pregunté.

—Hay varios propósitos para tenerte aquí. El primero es el de darte un descanso. Llevas ya mucho tiempo en la Tierra y eso ha hecho que tu estado molecular haya descendido. Si te quedas por mucho tiempo en la Tierra, será más difícil para ti regresar con nosotros más adelante.

Caminamos por el cuarto donde estábamos. El comandante tocó unos controles sobre la pared y al momento apareció una imagen de la Tierra. ¡Qué bello se veía este planeta desde el espacio! Sus océanos, sus continentes y las nubes, pequeñas y blancas, recubriendo como pequeños copos de algodón este planeta azul. Millones de seres viviendo allí. Todo un ecosistema de vida cósmica; todo un organismo viviente de tamaño planetario.

—La segunda razón —continuó con su explicación— es la de elevar el nivel de Zendor. Si él practicara algún tipo de meditación, o mantuviera una rutina de orar, o hiciera cualquier otro tipo de trabajo espiritual, podría permanecer conectado con los planos superiores y así recibir la sabiduría del cosmos. Cuando tú regreses, llegarás en una vibración más sutil y, al estar junto a él, tu energía le permitirá alcanzar el estado de iluminación necesario. Tu aura irradiará energía que facilitará esa transformación. Deberás estar más cerca de Zendor. Además, ya tienes una conexión psíquica con él; desde aquí podrás ayudarlo a contactar a su guía.

—¿Y la posibilidad de traerlo al espacio exterior? —le pregunté.

—Hemos venido analizándola. Los guías espirituales no recomiendan hacerlo por ahora. Ellos ven que es posible que Zendor expanda su mente sin tener que recurrir a este ultimo recurso.

En esos momentos recordé a mi amiga Jensua y al joven Daniel. Evoqué el día que estuvimos en el embalse, donde ocurrió el avistamiento de una de nuestras naves. Daniel estaría complacido de subir con nosotros, sin embargo, mi misión original estaba relacionada con Zendor, no con él. También recordé las palabras de mi guía sobre la ansiedad que poseen algunas personas en la Tierra por tener contacto con nosotros:

—Algunos seres de la Tierra desean tener un contacto extraterrestre —me decía—. Sin embargo, el mejor contacto que todo ser debe anhelar es consigo mismo. Dentro de cada cual se encuentra el camino que conduce a ese lugar donde están todas las respuestas. Para conocer el universo y sus leyes no hay que hacer un viaje hacia el exterior, sino proyectarse en un viaje interior.

—Tengo algo más que decirte —dijo mi comandante, interrumpiendo mis recuerdos.

Se acercó a mí, y me observó con su mirada dulce y sabia. Continuó diciéndome:

—Se llevará a cabo una reunión del Consejo de Ancianos de la Galaxia. Algunos de nosotros vamos a asistir. Quisiéramos que tú nos acompañes. Has sido autorizado por los guías.

—¿Se van a reunir? ¿Con qué propósito?

—Esta reunión es un suceso muy especial que ocurre en un punto del espacio-tiempo —me dijo—. En ella se hace una evaluación sobre la evolución de los habitantes de la Tierra. Como el tiempo que el creador ha dado a la Tierra en tercera dimensión se está agotando, esta reunión permite evaluar el progreso de la humanidad en la etapa de transición.

Sabía que a estas reuniones asiste el gran Maestro de Maestros, aquel guía espiritual que ya había descendido a la Tierra en varias ocasiones, y que, con sus enseñanzas de amor, había cambiado el destino de la humanidad. Ansiaba ver aquel maravilloso ser. Algunas veces lo había contactado en mis meditaciones, y, en una ocasión, pude hablar con él personalmente.

—Sí —me dijo el comandante, que estaba percibiendo mis pensamientos internos—, allí estará el Maestro de Maestros.

* * *

Más tarde, en mi habitación de la nave, puede comunicarme con mi familia. Mis padres, que vivían en un lugar lejano de la galaxia, escucharon nuevamente a su hijo. La comunicación la hacíamos a través de partículas que daban un salto por el hiperespacio y se lograba un contacto sin interrupciones. Ellos me habían ayudado mucho durante mi infancia. Tenía el equivalente a 125 años terrestres por lo cual se me consideraba aún muy joven. Sin embargo, el nivel de iluminación y experiencia lo medimos por el nivel de aprendizaje en toda nuestra evolución, más que por la edad que tenemos en la vida actual.

—¿Cómo estás, hijo mío?

—Muy bien, padre —le dije—. La misión de la Tierra va muy bien. Estoy muy feliz, pues he podido ayudar. Tú sabes lo difícil que puede ser manejar planetas en el punto de transición. Una etapa crítica se acerca para este planeta. Muchos mantienen aún un estado de ignorancia y violencia, pero sabemos que eso poco a poco irá cambiando. Seres de niveles evolutivos altos ya están naciendo en el planeta y la transición marcha como se había predicho.

—Nos alegra mucho escuchar esto, hijo. Sólo esperamos que te cuides y te mantengas siempre en sintonía con la Creación.

Mi padre tenía una edad ya avanzada. Estaba preparándose para dejar su envoltura física. Se marcharía a los planos superiores para hacer un balance de su crecimiento y luego regresar. Él quería volver a la misma colonia espacial donde vivía. No quería aventurarse a dimensiones inferiores, como la Tierra, donde se aprende mucho a través del servicio, pero a la vez resulta ser una experiencia muy dura. En esas dimensiones inferiores se pierde el recuerdo de las experiencias previas, y se tiene la sensación de una existencia de sólo algunos años. Es como despertarse una mañana y recordar sólo lo que se ha vivido ese día, sin ser consciente de los días previos. Realmente eran muy valerosos aquellos que descendían a colaborar. Por eso admiraba mucho a Jensua, mi amiga de siempre; había sido muy generosa al hacerlo.

No quería por ahora comentarle a mi padre acerca de mi amiga. Recuerdo algunas ocasiones cuando era niño, que le hablaba de ella. En aquel entonces, parecía más la imaginación de un muchacho de corta edad, que un recuerdo real, y mis padres no prestaban mucha atención a mis historias. Jensua había estado

conmigo en una experiencia anterior, cuando yo tenía otro cuerpo físico. Ahora, de regreso a la nave, me resultaba más fácil recordar nuestras pasadas experiencias; eso que sucedió hace mucho tiempo.

Me despedí de mi padre, y le envié saludos a mi madre. En la soledad de mi habitación, mis pensamientos estaban enfocados en Jensua. Recordaba su bello rostro y sus ojos profundos y brillantes. Recordaba cuando la había conocido antes de llegar a la Tierra y esa imagen se mezclaba con la apariencia joven que tenía en su envoltura física actual. Allí, en el ambiente de nuestra nave, me era más fácil abrir mi mente y recordar lo que había sucedido en mi pasado remoto, junto a mi amiga.

Recordaba el tiempo en que vivimos juntos. Estuvimos unidos, compartiendo conocimiento y experiencia en el planeta Zitnia. Tuvimos un hijo que al cabo de varios años fue creciendo y evolucionando bajo las enseñanzas de ese lugar. Él dejó su cuerpo físico muy joven, antes de separarnos Jensua y yo. No sabía dónde estaba o qué había sido de él. Sin embargo, su recuerdo me colmaba de paz. Estaba unido a él en espíritu, y aunque no estaba conmigo, lo sentía existir en algún lugar del universo.

Con Jensua era distinto. Había perdido el contacto. Por entrar ella en la Tierra y permanecer yo en el espacio, la diferencia dimensional creaba un abismo entre nosotros. Sin embargo, al haberla encontrado de nuevo y recordar nuestra unión espiritual, esa sensación de aislamiento había cesado.

Aquí en el espacio, el sentimiento de amor hacia mi amiga era diferente. Sentía menos apego. Una paz infinita me llenaba, y me sentía unido con ella a la Creación. Sabía que, sin embargo, ella podría estar padeciendo mucha nostalgia por no tenerme cerca. Le enviaba pensamientos de amor, para que llenaran ese vacío que ahora podría estar sintiendo.

Estaba renovado. Ya no era el mismo. El hecho de haber descendido a la tercera dimensión, y ahora regresar luego de las experiencias que había tenido que pasar, y el hecho de haber encontrado a mi amiga, habían creado una transformación en mí. Me sentía más sabio y lleno de amor.

Me tenía que preparar para la reunión de los ancianos, como llamábamos a aquellos seres de gran sabiduría que manejaban los destinos de los mundos en la galaxia. También me entusiasmaba encontrarme con el gran maestro. Cada vez que esto sucedía, renacía en mí algo nuevo. Su sola presencia daba un impulso extraordinario a mi espíritu.

* * *

Arsion y yo conversábamos. Hablábamos telepáticamente. En nuestra dimensión no usamos los sonidos, sino los pensamientos. El poder de la voz es muy grande, con él podemos destruir o sanar a una persona. En la cuarta dimensión su poder es mayor que en la Tierra y cuidamos de no usarlo, sólo si fuese necesario para hacer algún proceso de curación.

—¿Cómo es la Tierra?— me preguntó mi amigo.

—Energéticamente es un lugar muy denso —le dije—. Se siente mucha soledad. Se siente uno más aislado de la Creación. Es un mundo poblado de seres independientes. Ese aislamiento crea sentimientos de temor y apego.

—¡Vaya! Es un lugar complicado.

—Sin embargo —le dije—, allí hay personas y lugares muy bellos. ¿Recuerdas aquellas fantasías que te dije que tenía con aquella chica que sentía parte de mi ser?

—¿La que veías en sueños continuamente?

—Sí, esa mujer. Pues está en la Tierra. He podido recordarla y reconocerla luego de algún tiempo de estar en contacto con ella.

—¡Cómo! ¿Era real? ¿Y llegaste a encontrarla en un planeta con tantos habitantes? —me preguntó.

—Creo que mi guía tuvo algo que ver. No creo que fuera coincidencia que se cruzara en mi camino. Quizás el guía de ella también nos ayudó.

—Bueno, dicen que las almas afines mantienen un cierto magnetismo que les permite siempre re-encontrarse.

—Quizás fue eso —le respondí.

Me acomodé un poco mejor en la silla del salón donde conversábamos. Era un cuarto circular, con el techo abovedado. En medio teníamos una mesa de un metal cálido y translúcido que flotaba rígidamente en el aire. De las paredes se desprendía una luz que hacía brillar todo el lugar.

—Y cómo están las cosas por aquí —le pregunté a Arsion.

—Bueno, todo está bien. Hace unos días llegaron más naves de Sirio. Además, la Colonia Verde ya está lista.

—¿Ya la concluyeron?

—Sí, Jendua. Toda la biofauna se ha instalado.

La Colonia Verde es una nave gigante que tenemos en órbita alrededor de Venus. Está, lógicamente, en cuarta dimensión y no puede ser detectada por la tecnología terrestre. Contiene un ecosistema trasplantado desde la Tierra. Poco a poco hemos venido trayendo animales y plantas aptas para estas dimensiones. Allí se encuentran montañas con bosques exuberantes, un lago salado con delfines y ballenas, ríos y muchas otras cosas familiares a los humanos. Allí sostendríamos a los seres que recogiéramos si fuese necesario evacuar el planeta. Dependiendo del daño que se causara a la Tierra y el tiempo que esta tardara en recuperarse, los seres evacuados podrían permanecer poco o largo tiempo, por lo tanto, para ellos resultaría mas fácil residir en ese ecosistema creado por nosotros, que permanecer una larga temporada en una de nuestras naves. En la etapa inicial estaría algunos años en el espacio. En la etapa final la descenderíamos hacia la superficie del planeta y permanecería allí hasta que éste nuevamente fuera habitable y pudieran abrirse las puertas para repoblar la Tierra.

Estábamos listos y alertas. Diariamente vigilábamos el planeta. Observábamos el campo psíquico de la Tierra, detectábamos lo que sucedía y teníamos la capacidad de anticipar una posible guerra atómica aun semanas antes de comenzar; un hecho así, enviaría una descarga de energía en el espacio-tiempo que podríamos detectar previamente.

Nuestras leyes universales no nos permiten evitar que el planeta entero sufra una catástrofe causada por la irresponsabilidad de sus habitantes, pero sí podemos minimizar su impacto, para impedir un daño irreparable. Además, podemos ayudar a las personas que están preparadas y con el estado de conciencia adecuado. Aquellos que causan mal deben recibir el fruto de lo que siembran, en cambio, aquellos que sufren por la ignorancia de sus hermanos, pueden evitar sus consecuencias. Es a estos últimos a quienes sí podemos ayudar.

Arsion y yo habíamos recorrido varios años luz en la galaxia, viajando de una estrella a otra en misiones de ayuda e investigación. Debido a nuestro estado de evolución ya nos podíamos desplazar por el hiperespacio. Cuando queríamos viajar, dando un salto en el espacio-tiempo, a través de métodos similares a los

que se usan en nuestras meditaciones, elevábamos el nivel vibratorio de nuestro cuerpo y de nuestra nave, y ayudados con un poco de tecnología, podíamos recorrer miles de años luz en pocas horas; simplemente, toda nuestra materia, más la de la nave, se convertía en un pensamiento. Seres de tercera dimensión no pueden hacer eso y están restringidos a viajar a una velocidad máxima menor que la velocidad de la luz. A esa velocidad no es muy fácil el desplazamiento, y lo que a nosotros nos toma unas horas, a ellos les tomaría varios miles de años. De esta manera el universo restringe a aquellos que no tienen el mínimo nivel de amor necesario y evita que puedan causar daño; esos seres podrían ser muy peligrosos tratando de conquistar mundos, cuando la única conquista que todo habitante del gran cosmos debe buscar, es la conquista de su ser interior, y el único enemigo que hay que destruir, es aquel que mora dentro de cada uno de nosotros y que se manifiesta en la ignorancia, la violencia y el temor.

Otros seres de niveles superiores al nuestro, ya no requieren naves espaciales, trajes, etc. Ellos viven en dimensiones elevadas y con su pensamiento pueden ubicarse en cualquier lugar del espacio y del tiempo. Su cuerpo es de energía pura, no de materia de tercera o cuarta dimensión. Pueden descender temporalmente a niveles como el nuestro, y allí toman forma física. El gran Maestro de Maestros es uno de esos seres. En ocasiones desciende a planetas para brindar ayuda a través de sus enseñanzas.

—¿Qué piensan de nosotros en la Tierra? —me preguntó mi amigo.

—Algunos —le respondí— creen ciegamente que sí existimos. Nos dan poderes extraordinarios, como de ángeles o dioses. No comprenden que somos sus hermanos mayores, hijos de la misma Creación. Otros creen que existimos, pero no estamos cerca de ellos; como ya saben que en tercera dimensión no puede sobrepasarse la velocidad de la luz, consideran que es imposible que podamos desplazarnos a una velocidad mayor, como la del pensamiento, y que podamos llegar fácilmente a la Tierra.

—Otros se niegan a aceptar nuestra presencia.

Sobre la mesa toqué unos controles. Hice aparecer una imagen tridimensional de la Tierra. Señalándola continué con mi comentario:

—Este planeta, como organismo viviente, tiene dos grandes fuerzas. Al igual que sucede en el cuerpo de los humanos, en el cual los hemisferios cerebrales, derecho e izquierdo, son diferentes y a veces contradictorios, donde uno de ellos es intelectual y el otro es emocional; uno es lógico y el otro intuitivo; así mismo, la Tierra tiene dos grandes fuerzas, la filosofía o religión y

la ciencia. Una es intuitiva y la otra es lógica. Ellos separan temas del espíritu de temas científicos, sin saber que todo es parte de la misma esencia.

—Muchos religiosos —continué diciéndole— mantienen sus ideas sin tomar muy en serio la ciencia. Explican muchas cosas a través de una fe ciega, sin detenerse a sentir qué respuestas hay en su ser interior. Siguen dogmas estrictos sin entender la causa inicial de ellos.

—Otros —le comenté—, los científicos, se niegan a aceptar ciertas verdades ocultas a sus ojos, pero claras en su corazón. No se dejan guiar por la intuición. No aceptan aquello que no pueden ver ni lo que no pueden experimentar con sus sentidos externos.

Con los controles de la mesa hice un acercamiento de la Tierra. Una hermosa toma de Sur América aparecía ahora frente a nosotros. Mi amigo Arsion escuchaba en su mente con entusiasmo mis explicaciones.

—Sin embargo —continué—, esto está cambiando. Ya existen científicos que mencionan el concepto de Dios. Han llegado a la conclusión de que algunas de las leyes de la física parecen cumplirse siguiendo una "inteligencia" universal. Al mismo tiempo, algunos religiosos se han abierto más hacia la ciencia, y aceptan y adaptan ciertas verdades científicas a sus creencias. Estas dos grandes fuerzas, ciencia y religión, serán una sola, y en ese momento la Tierra habrá dado uno de los pasos hacia su madurez. En cada uno de sus habitantes, su lógica y su intuición serán una sola manifestación, y cada uno alcanzará el estado ideal para avanzar a la cuarta dimensión. En ese momento se conectarán a la Creación y sentirán esa presencia cósmica, consciente y universal dentro de sí mismos.

Arsion estuvo en silencio mental por un largo momento. Dejaba que mis ideas fluyeran dentro de su interior.

En los controles de la mesa marqué la clave vibratoria de mi amiga Jensua. La imagen comenzó a viajar, y enfocó la ciudad donde hasta hace unos días me encontraba viviendo. Un cursor en la pantalla marcaba un punto. Hice un acercamiento mayor. Vi su casa desde el aire. Acerqué más la imagen y la vi en el estudio, sentada, leyendo. Leí el título del libro; era sobre astronomía. Hice que la imagen rotara y ya no la veía desde arriba, sino de frente.

—Ella es Jensua —le dije a mi amigo.

Él, al observarla me respondió.

—¡Es muy bella! Su aura es espectacular.

Acerqué más la imagen y su rostro cubría ahora todo el campo de visión que teníamos al frente nuestro, flotando sobre la mesa. Sus ojos brillaban serenamente y se movían de lado a lado al ir leyendo las líneas del libro que tenía en sus manos. Su imagen irradiaba dulzura ¡Amaba tanto a este ser!

Ella sintió ese pensamiento y mi presencia cerca. Se levantó de su silla y se asomó por la ventana. Seguramente esperaba verme llegar caminando por el jardín. Estuvo allí por un largo tiempo, contemplando un hermoso atardecer, mirando el cielo y tratando de encontrar en las estrellas una pista que la acercara más a mí.

—Aún no me es claro —le dije a Arsion— qué misión tiene Jensua y cómo encajo yo en ella. Sé que poco a poco lo iré descubriendo. Por ahora intuyo que vamos a estar juntos.

* * *

Los días que siguieron a mi ascenso fueron de preparación. Mi guía, que ahora en esta dimensión lo sentía más cerca en todo momento, me servía de mucho apoyo. Él me daba las indicaciones para ir adaptando mi cuerpo y la energía de mi aura, a fin de poder tolerar el nivel de vibración que habría en el Consejo de Ancianos de la Galaxia.

Con frecuencia salía en una de nuestras naves exploratorias a hacer un recorrido sobre la Tierra. Viajábamos sobre ciudades, campos y montañas. Arsion y yo ejecutábamos tareas que eran parte de nuestra rutina diaria. Evaluábamos distintas zonas de la Tierra; verificábamos el nivel psíquico del planeta en diferentes regiones. Vigilábamos a sus dirigentes políticos y militares. Percibíamos los pensamientos de muchos científicos y analizábamos el nivel de tecnología que estaban alcanzando. Infortunadamente gran parte de sus inventos y desarrollos tecnológicos los usaban para crear artefactos de destrucción. No comprendían aún que solo estaban logrando acelerar su propia destrucción.

Un día, cuando viajábamos sobre los lugares que había ya frecuentado cuando estuve en la gran ciudad, pasamos sobre el embalse, aquel que me traía bellos recuerdos de mi amiga. Allí encontramos otra vez a Zendor, a Andrea (Jensua) y a Daniel. Habían regresado nuevamente a ese sitio. Desde que ocurrió el avistamiento, siempre retornaban allí, con la esperanza de que quizás ese suceso volviera a repetirse algún día.

Desde la nave sintonicé nuestra señal rastreadora en el lugar donde estaban. Escuché el diálogo que mantenían Zendor y Andrea, mi amiga cósmica.

—Hace varios días que no recibo noticias suyas —dijo ella.

—Muy extraño —agregó Zendor—. ¿Cómo puede permanecer alejado, sin darte alguna llamada? ¿Te dijo cuándo espera regresar?

—No. Tan sólo me dijo que regresaría. No sé cuándo, pero sé que lo hará. Algunas veces lo siento muy cerca de mí.

Estaban sentados sobre el césped. Daniel jugaba con otros niños, no muy lejos de allí.

—¿Qué sientes por él? —le preguntó Zendor. Parecía como un padre conversando con su hija sobre sus sentimientos más profundos.

Ella tomó aire, observó aquel lugar y luego le respondió:

—Estoy enamorada de él; lo amo. Siento que es algo muy profundo y espiritual. Antes tuve algunos novios a quienes amé mucho. Pero con él todo es diferente. A veces creo que estoy enamorada de un ángel o de alguien que no es de este planeta.

—Yo también lo estimo mucho —le dijo Zendor—. A veces lo siento como un gran amigo. Tenemos edades diferentes y, sin embargo, dentro de él percibo a alguien adulto, con mucha experiencia y sabiduría. También creo que no pertenece a este mundo, y presiento que se marchará y no volveré a saber nada de él.

Al escuchar las palabra de Zendor, ella se sintió triste.

—No sé qué hacer —dijo—. A veces también siento que no volveré a verlo. No sé como podré vivir sin tenerlo cerca de mi. Es como si la razón de mi existencia estuviera muy ligada a él.

Unas lágrimas salieron de su rostro. Zendor se acercó y la abrazó. Era como un padre consolando a su hija.

—¿Por qué me sucede esto a mí? —preguntó ella—. ¿Por qué perdí a mi hermano y ahora siento que estoy perdiendo al amor de mi vida?

Al observarla desde mi nave, sufriendo, sentí tristeza. En mi rostro también salieron algunas lágrimas. Deseaba estar allí abajo, con mi amiga.

Con mi mente le envié un pensamiento de consuelo, para aliviar su sufrimiento.

—No llores más —pensé—, debes saber que estoy y estaré contigo en todo momento, a pesar de la distancia que nos separa.

Al instante, vi cómo ella se soltaba de Zendor y se ponía de pies. Observaba hacia todos lados.

—¿Escuchaste eso? —preguntó.

—¿Qué cosa? —preguntó Zendor.

—Esa voz. ¿No escuchaste esa voz?

—¿Cuál voz? Estamos tú y yo solos. Los niños están muy lejos de aquí y no hay nadie cerca.

—Era la voz de Luis Carlos. Estoy segura de que me habló. Me dijo que no llorara más, que estaba siempre conmigo, a pesar de la distancia.

Zendor se quedó observándola extrañado. Se puso de pies y también miró hacia todos lados. No vio nada.

En ese momento comprendí que tenía que tener cuidado con mis pensamientos hacia mi amiga. Ahora los escuchaba. A pesar de estar en dimensiones diferentes, me escuchaba.

—Ha debido ser tu imaginación, niña —le dijo Zendor—. ¡Vamos!, ya es hora de regresar.

Los vi alejarse de aquel lugar. Regresaron a la ciudad.

* * *

En la nave nodriza, en mi habitación, estaba meditando. Era mi conversación diaria con mi guía. Luego, siguiendo sus instrucciones, y con su ayuda, logré comunicarme con Zendor; estaba durmiendo y era más fácil establecer contacto espiritual.

En sus sueños, nos vimos caminando por una playa, frente a un océano. Nos sentamos en la arena. Era un atardecer muy bello y las primeras estrellas se hacían visibles. Una media luna brillaba sobre nosotros.

—¡Hola!, Zendor —lo saludé.

Al escuchar la vibración de su nombre, algo dentro de sí mismo se inquietó. Era como un campanazo que lo sacudía.

—Amigo mío —le dije—, llevas mucho tiempo durmiendo, ya llegó el día y es el momento para que hagas lo que habías planeado hacer.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

Me acerqué más a él y lo abracé con mucho cariño. El sonido de las olas llenaba el lugar.

—Busca dentro de ti mismo. Allí encontrarás la respuesta.

Luego, en sus sueños, lo conduje a un lugar sobre la Tierra, como si estuviéramos en órbita alrededor del planeta. Allí encontramos a su guía espiritual y este le habló del destino de la humanidad. Le explicó qué sucedería a la Tierra. Estuvo mostrándole los cambios que ocurrirán en la humanidad y los cataclismos que pueden sobrevenir.

—El futuro es una probabilidad del presente —le dijo su guía—. Lo que se haga hoy, afecta el destino personal y el destino de la humanidad. Las profecías, que por muchos años se han entregado a los seres humanos, y que seres humanos con la capacidad de ver el futuro han llegado a percibir, han buscado crear un cambio en la humanidad. Una profecía no habla de una gran verdad por suceder, tan sólo es una advertencia sobre algo que podría suceder si se sigue el camino actual; corresponde a quien la escucha decidir si crea un cambio en su destino.

—Es tu misión —continuó diciéndole— ayudar a efectuar ese cambio en el futuro de la Tierra. Estoy y estaré contigo siempre, para ayudarte a lograr esa transformación. Pero primero debes cambiarte a ti mismo. Busca tu desarrollo interior. Busca a través de ese sendero interior las respuestas y enseñanzas que te permitirán estar preparado.

En mi meditación observé cómo su guía lo abrazaba. En ese momento me alejé y los dejé solos. Había logrado hacer el primer contacto de Zendor con su guía espiritual.

En ese momento, y mientras meditaba, me sentí triste. Había logrado algo muy importante y quizás ya mi presencia en la Tierra no fuese necesaria. Ahora Zendor podría seguir contactándose con su guía y así continuaría la transformación para su labor. Sin embargo, mi guía me comentó lo contrario:

—Aún no has concluido lo que tienes que hacer en la Tierra. Regresarás luego del Consejo Galáctico al que asistirás pronto. Hay todavía algunas cosas que debes completar allí.

Finalicé mi meditación y caminé por mi habitación. Tenía un poco de ansiedad por la reunión del día siguiente. También deseaba regresar a la Tierra. Deseaba volver con los humanos y en especial con mi amiga Jensua.

Recordé lo sucedido la última vez que la vi desde nuestra nave. Ella había escuchado mi voz.

Me senté nuevamente y cerré los ojos. Me sentí saliendo de la nave, volando por el espacio y llegando a la Tierra, a su casa. La vi recostada. Estaba dormida. Volví a enviarle un mensaje telepático.

—Jensua, despierta. Soy yo, tu amigo —le dije.

Vi cómo ella se movió y se despertó. Se sentó en la cama y preguntó:

—¿Eres tú, Luis Carlos? ¿Dónde estás?

—Si, soy yo. Mi verdadero nombre no es Luis Carlos —le contesté—. Mi nombre es Jendua.

—¿Jendua? —preguntó.

Ella sintió una inmensa alegría que no pudo describir, un alivio enorme y una paz infinita. En su subconsciente ese nombre resonaba con fuerza.

—Jendua. Tu nombre es hermoso. ¿Dónde estás? ¿Por qué escucho tu voz y no te veo?

—Estoy muy lejos de ti, pero puedo hablarte a través de tu mente. Quiero que sepas que te amo mucho y que siempre estaré contigo, a pesar de hallarme muy lejos. Pronto regresaré. Vuelve a dormir. Descansa.

La vi recostarse nuevamente. Volvió a dormirse. Se sentía feliz. Yo sabía que quizás al otro día despertaría y recordaría esto como un sueño más.

* * *

Ya estábamos preparados para la reunión del Consejo de Ancianos. Asistiríamos el comandante, yo, y otras dos viajeras espaciales, compañeras nuestras. Ellas tenían un desarrollo espiritual elevado, y con frecuencia ayudaban en la comunicación con los guías para establecer las pautas en nuestro plan de ayuda a la Tierra. Fuimos al salón de transportación. En el lugar del despegue energético entramos en una cúpula transparente. Esta comenzó a brillar con una energía blanca. Nuestro cuerpo se llenó de esa luz. Con nuestra mente transformamos el grupo en un pensamiento y pudimos hacer el viaje. Al poco tiempo la imagen que teníamos de la nave se perdió de nuestra vista. Aparecimos en un salón grande, luminoso y cargado de una atmósfera de amor indescriptible.

Era un auditorio elíptico, con una mesa alargada y circular, que ocupaba un circunferencia de 33 metros de diámetro. Allí había ya unos seres sentados frente a ella. Otros comenzaban a llegar. Estaban vestidos con túnicas blancas. Su aura irradiaba un color violeta brillante y transparente. Tenían cabello luminoso que caía sobre sus hombros, y sus ojos irradiaban una armonía infinita. En ese momento respiraba profundamente, preparando mi cuerpo para tan importante evento.

Nosotros estábamos sentados detrás de los ancianos. Así los llamábamos por su gran sabiduría. Aunque muchos de ellos presentaban un aspecto joven.

Con nosotros, había otros invitados, algunos de ellos eran seres humanos. Venían de diferentes puntos del espacio y del tiempo. Todos esperábamos a que comenzara la reunión.

El último en llegar fue el gran Maestro de Maestros. Antes de arribar, el salón se llenó de una luz dorada y rosa muy tenue. El aire olía a flores, como las que hay en la Tierra. Todos guardamos silencio absoluto. De repente apareció, materializándose en una silla frente a la mesa. ¡Cuán bello es este ser! Su mirada lo transporta a uno a lugares sublimes del reino espiritual. Su sola presencia da un impulso alentador.

La reunión comenzó con unas palabras del gran Maestro. Recordó a todos la razón por la cual estábamos allí presentes.

Algunos de los ancianos dieron informes sobre la evolución humana. Ellos pueden, a gran escala, saber cómo va la humanidad, midiendo factores clave de la Tierra. Este planeta, como todo ser viviente, tiene parámetros que hablan de

su nivel evolutivo; aquel que los humanos influyen con sus pensamientos y acciones.

Un grupo mencionó el plan que había sobre la evacuación a la Colonia Verde, y las probabilidades de que todo eso fuera necesario usarse. Hablaban sobre algunos humanos que ya habían evacuado durante desastres naturales, tales como avalanchas, terremotos y huracanes. Era un grupo reducido, pues no todos tenían el nivel adecuado. Los demás, aquellos que habían pasado al estado que en la Tierra llaman muerte, estarían simplemente renovándose en la energía de la Creación y preparándose para ir a otros lugares del universo, acordes con su desarrollo espiritual.

En el ambiente había una profunda preocupación sobre el destino de la humanidad. Sabíamos que estaban desarrollando armas nuevas, próximas a usarse. No era sólo el peligro de estos artefactos de autodestrucción de la raza humana, sino la gran cantidad de energía psíquica de bajo nivel que se emitía durante el proceso de planeación, diseño y construcción de estos sistemas de aniquilación masiva, la cual hacía más difícil la situación terrestre y de sus vecinos cósmicos.

El Maestro de Maestros nos informó a todos los presentes que había llegado ya el punto de convergencia de las fuerzas naturales. A partir de ese instante, una intervención mínima era permitida por las fuerzas de la Creación. Era ya posible contrarrestar los desarrollos tecnológicos de destrucción, especialmente aquellos que se llevaran a los lugares reservados del espacio. Al intervenir, se evitaba que el daño hacia el planeta fuera extremo. Sin embargo, una intervención total no era permitida aún, solo si se llegaba a un estado de catástrofe a gran escala.

El futuro de la Tierra, basado en los sucesos actuales, señalaba algunos problemas serios. El sentimiento que se respiraba allí era como el de un padre que sufre por el destino de su hijo, quien aún no reacciona y se hace daño a sí mismo a través de sus propias acciones.

Pasado un tiempo, cuando finalizó la asamblea, varios seres comenzaron a retirarse del lugar de reunión. Ya se había hecho una evaluación detallada y se había definido las acciones que debían llevarse a cabo.

El gran Maestro de Maestros se acercó un momento a nosotros. Me sonrió y me abrazó. En ese instante sentí que me elevaba hacia el infinito. Todo me parecía más bello y puro. Me sentí parte de todo el universo. Quedé extasiado por un momento. De mis ojos se escurrieron algunas lágrimas de felicidad plena.

Ya alguna vez había cruzado un par de palabras con él. En aquella ocasión experimenté un cambio radical en mi existencia. Al abrazarme, volví a sentir lo mismo. Hubiese deseado haber estado con él en su servicio en la Tierra. Le habría ayudado en forma incondicional, tal como ahora sentía que debía colaborar en la evolución humana.

Luego se acercó a mi comandante. Juntos se alejaron a otro extremo del salón. Allí los vi conversando. Alguna vez él me confesó que él había estado en la Tierra. Había nacido hace mucho tiempo en el planeta cuando el Maestro de Maestros había hecho lo mismo. El comandante lo había acompañado antes. Él había sido uno de sus seguidores.

Al concluir el encuentro, muy complacidos regresamos todos. Volvimos a transportarnos a través del tiempo y el espacio hacia la nave.

Cuando retornamos, estábamos más felices, más plenos. Teníamos más clara nuestra misión de ayuda a la Tierra. Sabíamos por donde orientar el plan de apoyo a la evolución humana. Lo más importante: nos sentíamos transformados.

El regreso

Todo mi cuerpo me dolía. Estaba en la oscuridad, sentado sobre el prado. El regreso a la Tierra es incómodo. Es como estar conectado con toda la Creación, en un estado de paz continuo, y de repente alejarse de ella y sentirse solo, muy solo.

—Ánimo, mi valiente Jendua —escuché a mi comandante en mi mente.

Me incorporé y comencé a caminar en la penumbra. Un ligero resplandor iluminaba el cielo; estaba amaneciendo.

Caminé por una ladera, descendiendo por la montaña. Estaba en el mismo lugar donde me habían recogido, en la pequeña laguna. El aire fresco de la mañana y la energía del amanecer me daban fuerza para seguir adelante. Escuché la sinfonía de las aves a mi alrededor, sentí el aroma de los árboles y a toda la naturaleza que despertaba. El sol mostraba sus primeros rayos en el horizonte, por entre los picos de las montañas lejanas.

Llevaba la misma ropa con la cual me había marchado temporalmente al espacio. Caminé por entre fincas hasta encontrar un sendero. Los campesinos que encontraba a mi paso me saludaban amablemente.

Poco a poco fui acostumbrándome de nuevo al estado energético de la Tierra. Estaba de regreso. Sabía que sería por corto tiempo. Tenía que aprovecharlo al máximo.

* * *

—Te extrañé mucho —me dijo mi amiga, mientras nos abrazábamos.

Estábamos en el parque donde regularmente nos encontrábamos.

—Yo también te extrañé —le respondí.

Buscamos un lugar donde sentarnos a conversar. Ella estaba radiante. Su aura cada día brillaba más. Noté que en ella, como en Zendor, se realizaba una gran transformación.

—Estuve pensando mucho en ti —me dijo—. Continuamente soñaba contigo. Incluso un día que fuimos al embalse con Sergio y Daniel, me pareció escuchar tu voz, como si estuvieras cerca de mí, dentro de mi corazón.

Observé su bello rostro, su sonrisa, sus ojos que expresaban esa felicidad interior que afloraba de su alma. Ella, como yo, sentía un alivio espiritual. Estábamos juntos nuevamente. Nos habíamos separado por un largo tiempo, una eternidad. Sin embargo, al volvernos a contemplar y sentir esa cercanía, parecía que el tiempo no hubiese transcurrido.

En mis recuerdos me vi junto a ella, caminando por una hermosa playa, tomados de la mano, contemplando las estrellas en aquel lejano planeta. Éramos dos seres integrados en un solo espíritu. Éramos dos hijos de la naturaleza, hijos del mismo Padre Celestial.

—¿Y dónde estuviste? —me preguntó.

Ella me observaba con inquietud. No estaba autorizado para decirle nada sobre mí ni sobre ella. Aunque en mi interior ardía el deseo de comunicarle todo lo que ya sabía de nosotros. Hubiese querido abrazarla y ayudarle a recordar todo aquello que vivimos en ese lejano planeta. Sin embargo, sabía que si hacía eso, podría causarle muchos problemas. Si ella recordara aquellos lugares y aquellos momentos, podría deprimirse al sentirse prisionera en un planeta como la Tierra.

—No puedo decirte dónde estuve —le respondí—. Quisiera hacerlo, pero no puedo.

—¿Por qué no? —me preguntó—. A veces creo que no confías en mí. Soy tu amiga, pero siento que en realidad no lo soy. Siempre has sido muy misterioso. Ocultas algo y no me dices de qué se trata.

—Por favor, no preguntes más —le pedí.

Ella me observó detenidamente. Se sentía triste y confundida a la vez. No comprendía por qué no podía ser sincero con ella. En su interior se mezclaban los sentimientos de amor y desencanto, una mezcla peligrosa.

—Y me imagino que pronto tendrás que marcharte —me dijo.

Mantuve silencio.

—¡Y cuando te marches no sabré a dónde te fuiste! —continuó.

No le dije nada. No sabía qué responder. Sentía mucho amor, pero también sabía que mi misión era muy importante.

—¡Y tampoco sabré si regresarás algún día! ¡Quizás nunca regreses!

Tenía que regresar al espacio. Mi trabajo allí era importante y sentía mucho deseo de ayudar a los seis mil millones de habitantes del planeta. La Tierra estaba en problemas y, al concluir mi misión con Zendor, sería más útil en el espacio que en la Tierra. Eran muchos los habitantes del planeta, y los sentía a ellos como a millones de Jenduas y Jensuas; eran millones de niños, jóvenes, adultos y ancianos, cada uno con sus experiencias, sus deseos, sus ilusiones. Me sentía parte de esa gran familia universal. No podría olvidarlos.

Observé a mi amiga. Sus ojos tenían lágrimas que el orgullo contenía y no dejaba salir.

—Andrea, no puedo decirte nada. Te había advertido que tendría que irme algún día.

Ella volteó su mirada hacia un costado, evitando el observarme.

—Andrea, pronto me iré. Debo marcharme. Regresaré a donde pertenezco.

En sus pensamientos percibí esa tristeza que la envolvía. Sin embargo, no me sentía seguro de decirle nada aún.

—Lo siento —le dije.

Luego de ese día no volvimos a vernos por mucho tiempo. Fue muy duro ese momento. Sentía mucho amor por ese ser. En ocasiones dudé mucho sobre mi misión en la Tierra y mi servicio hacia la Creación. De vez en cuando quería abandonar todo y quedarme y vivir al lado de mi compañera. A veces comprendía que mi amor hacia ella era mucho más fuerte de lo que podía tolerar. También sabía que en la dimensión de la Tierra el amor en algunas oportunidades causa ese dolor luego de una separación. Si me quedaba, llegaría un momento en que me sería difícil regresar al espacio. ¡Cómo deseaba llevarme al espacio a mi bella amiga! Sabía que eso sería difícil de lograr. Jensua tenía alguna misión en el planeta; dentro de su interior ella lo sabía. No podía interferir en ello.

Sin embargo, algunas veces también comprendía que nada podría separar nuestros espíritus. Para mí era más fácil la separación, pues aún sentía esa conexión espiritual. La sentía cerca a pesar de estar lejos de mí. Pero el sentir el dolor de mi amiga me causaba incomodidad. En ella había un vacío emocional difícil de sanar, y eso me afectaba.

Hoy, cuando escribo mis experiencias en la Tierra y recuerdo ese momento, todavía me causa mucho dolor. Escribo y mi corazón llora recordando ese día. Cuán fácil es herir sin querer hacerlo. Me consolaba saber que había escogido lo mejor para mi gran amiga, aunque ella aún no lo comprendiera.

* * *

Los días que siguieron a mi regreso del espacio fueron de mucha actividad con Zendor. Durante largas horas estaba con él, quizás buscando olvidar temporalmente a mi amiga. Mi conexión mental con ella me permitía sentir su tristeza; era conmovedor sentirla sin poder inmiscuirme en sus sentimientos.

Zendor se interesó mucho en la meditación. Le comenté que la practicaba hacía mucho tiempo, y él quiso aprender esta técnica de aquietamiento mental, para abrir el mundo interior.

Él fue un alumno ejemplar. Con gran sencillez le explicaba los pasos iniciales de respiración, relajación y concentración, para alcanzar al final el estado de meditación. La meditación era vista por muchos como una técnica oriental. Afortunadamente estaba comenzándose a practicar en toda la Tierra y muchas personas empezaban a recibir sus beneficios. Nosotros en el espacio practicamos algo similar, a lo cual llamamos de una forma diferente, pero básicamente produce el mismo resultado: una interiorización para descubrir dentro de sí mismo las respuestas a muchas preguntas; una técnica para tener el contacto interior con nuestra verdadera identidad llena de sabiduría.

Zendor mostraba mucha impaciencia. Tenía un gran deseo de aprender rápidamente. Con frecuencia tenía que detenerlo y decirle:

—No te tensiones por eso. Tómalo con calma. Es más eficiente caminar en línea recta, que correr en círculos. La paciencia es la virtud que permite conquistar el mundo, ese mundo interior.

Algunos veían con curiosidad cómo un joven, como parecía ser yo, reprendía a un adulto como Zendor.

Frecuentábamos distintos lugares para conversar, caminar y meditar juntos. Lo invitaba a lugares naturales, en parques y montañas, donde la esencia de la naturaleza nos permitía sintonizarnos con la Creación. Allí frecuentemente me comunicaba con mi guía. Juntos creábamos una energía muy fuerte que irradiaba una amplia zona a nuestro alrededor y originaba pequeños cambios para armonizar a los habitantes del planeta azul, la Tierra.

En mis meditaciones recordaba a Jensua. Le irradiaba sentimientos de fortaleza y amor. Deseaba que ella estuviera mejor. Quería que sintiera mi presencia a pesar de estar lejos. Sin embargo, esto no era fácil. A veces sentía una gran herida en mi ser al recordarla y por momentos deseaba olvidarla. Mi guía me decía respecto a esto:

—Una herida no se puede tapar, solo curar. Si tapas la herida, esta irá creciendo bajo tu piel y algún día aflorará. No pretendas olvidar a Jensua, no trates de sacarla de tu corazón, al contrario, debes tenerla muy dentro de ti. Siente ese amor profundo que los une a los dos. Para sanar esta herida deberás hablar con ella. Llegará el instante en que puedas hablarle de ti mismo y ayudarla a recordar su pasado cósmico. Sin embargo, aún no es el momento; tú mismo reconocerás el instante indicado.

En una ocasión en que Zendor y yo estuvimos en un parque rodeado de árboles, después de meditar, él estuvo comentándome sus planes futuros. Estábamos sentados sobre el césped, contemplando el paisaje natural a nuestro alrededor.

—Siento que mi vida ha cambiado mucho —me dijo—. Ya no soy el mismo de antes. Pensaba que era alguien que había nacido en un lugar pobre, sufriendo las injusticias de este mundo y no tenía esperanza. Ahora siento que soy más que eso. Siento que mi ser es eterno y estoy por encima de todo lo que me ha tocado vivir. Siento que debo ayudar a otros que, como yo, viven encerrados en sus propias limitaciones, o en su propia ignorancia.

—¿Y cómo piensas ayudarlos? —le pregunté, para verificar hasta qué punto estaba ya recibiendo la sabiduría del universo.

—De la misma manera que he recibido ayuda.

Se puso de pies. Observó el lugar dando una mirada alrededor. Luego comentó:

—Vivimos dormidos. No sabemos dónde estamos y para qué estamos aquí. Caminamos por el sendero de la vida enredándonos en los obstáculos del camino, aquellos que nuestra codicia, rencor y falta de amor pone frente a nosotros. Sólo despertando se conoce quien es uno realmente. Se está despierto cuando se reconoce que las dificultades nos enseñan tanto como los triunfos. No es malo tener problemas, lo malo es no aprender de ellos. Cuando no se aprende es cuando estamos dormidos.

—¿Crees que los demás pueden también despertar? —le pregunté nuevamente.

—Yo lo he hecho y creo que otros también pueden hacerlo. He logrado mirar dentro de mí mismo y, al verme tal como soy, he descubierto a alguien muy especial. Todos somos como estrellas muy brillantes que hemos caído a la Tierra. Sólo que hemos olvidado que nuestra naturaleza es brillante y nuestra función es brillar. Con el tiempo hemos dejado que el barro de la rutina y el materialismo oscurezca nuestro verdadero espíritu. Brillamos cuando simplemente somos felices con las cosas sencillas de la vida. Y la vida es un regalo que no debe desperdiciarse. La desperdiciamos cuando estamos dormidos, dejándola pasar frente a nosotros.

—La vida es un camino —continuó diciéndome—. A veces deseamos llegar a una meta, sin darnos cuenta de que el camino es más importante que las metas. El camino es largo y lleno de distintas experiencias; la meta es sólo un instante fugaz que se pierde en el recuerdo del pasado.

En su mente vi escenas de su juventud y lo que tuvo que vivir en los últimos años. Continuó diciéndome:

—Yo he deseado por mucho tiempo tener dinero, cosas suntuosas y todo aquello que no me fue dado. He comprendido que todo eso que he querido tener es para hacer algo bueno por los demás. En el fondo ha habido siempre un sentimiento muy noble. Luego he descubierto que he deseado hacer todo eso para llegar a ser alguien especial. Hoy he comprendido que “ser” es más importante que “hacer” o “tener”.

Él hizo una pausa. Aproveché ese momento para seguir preguntando.

—Sergio, amigo mío, ¿quién quieres ser?

—Deseo ser yo mismo. He descubierto que no soy el que creía que era. Y sé que mañana descubriré que no soy el que hoy creo que soy. Es un aprendizaje

continuo. Debo cambiarme a mí mismo antes de pretender cambiar el mundo. La mayor revolución se produce dentro de cada uno, luego esta se extiende hacia el infinito en forma natural.

En la mente de Zendor podía ver claramente sus pensamientos. Él ya recordaba algo de su pasado remoto en las estrellas y también la misión de ayuda que se había propuesto realizar en la Tierra. Sin embargo, era muy prudente y no me permitía saberlo, no al menos en todo su detalle. Yo era ahora su mejor amigo y confidente, pero aun así, él no se sentía cómodo de contarme eso que estaba descubriendo. En el desarrollo espiritual, la prudencia es el mejor escudo contra las adversidades.

* * *

Pasaron un par de meses. Durante ese tiempo no había vuelto a ver a Jensua. En mi mente la sentía más tranquila, pero aún un poco triste. Ella no había regresado al parque ni al lugar donde ayudaba a los mendigos. Sabía que estaba haciendo una pausa y más adelante reiniciaría su misión de ayuda a los necesitados.

Estuve casi todo el tiempo con mi amigo Zendor. Él hablaba con la gente, en especial con aquellos que tenían serios problemas y habitaban el mundo subterráneo de las alcantarillas o que permanecían libres en la calle, pero presos de sus resentimientos y rencores hacia la sociedad. Zendor les daba una visión diferente de la vida.

Daniel, el niño inquieto, siempre nos acompañaba. Éramos los tres amigos más heterogéneos que podrían encontrarse en esa ciudad. Niño, joven y adulto, formábamos un equipo singular.

En las calles, donde algunos vivían en la miseria y encerrados bajo la coraza invisible y destructiva de la droga, encontrábamos diferentes personas. Zendor hablaba con aquellos adultos, yo con los jóvenes y Daniel buscaba a los niños de su edad. Nuestra tarea no era la de dar consejos o pretender transformar a las personas. Eso no lo logra nadie, sino existe el deseo sincero de cambio personal en cada uno, y este se alcanza buscando adentro, y teniendo el valor de desnudar y enfrentar ese dolor y perdonar y perdonarse a sí mismo. Sólo podíamos dar mucho amor y permitirle a la gente expresar esos sentimientos.

Esta etapa en el planeta fue muy interesante para mí. Pude ver personas muy especiales a las cuales la falta de cariño y amor les había cerrado esas puertas hacia ese maravilloso lugar donde habita la felicidad; muy dentro de

cada ser. Vi personas equivocadas; personas ajenas a esa realidad; personas que no se daban una nueva oportunidad, que no buscaban esa ayuda en los reinos celestiales o que no se la brindaban a su compañero de viaje planetario.

Veía un cambio interior que comenzaba a aflorar en algunas personas, como los primeros brotes de la semilla del amor universal.

Los noticieros, por lo general, mostraban sucesos negativos; olvidaban que el bien siempre está al lado de la ignorancia, estableciendo el equilibrio de la naturaleza en este nivel evolutivo.

Sin embargo, algunos periodistas se preocupaban por buscar una faceta diferente. Un día, unos reporteros de un noticiero local llegaron al lugar donde nos encontrábamos hablando con los habitantes de la calle. Ese día me escondí para no ser captado por alguna de sus cámaras; no podía dejarme notar públicamente. Entrevistaron a Zendor y a Daniel.

—Señor, discúlpenos —le dijo el camarógrafo a Zendor—. Sabemos que usted recorre las calles en su misión personal de ayuda a los mendigos. Queremos hacerle algunas preguntas.

Zendor se detuvo y enfrentó la cámara.

—Con gusto —les dijo.

—Mucha gente habla de usted. Lo describen como el quijote de los basureros. ¿Qué busca usted aquí? ¿Desea sacar de la pobreza a todos los mendigos?

—La mayor pobreza que existe es la falta de amor. Hay personas muy pobres que necesitan de mucha ayuda, y si la desean obtener, estaré ayudándoles a encontrarla por sí mismos. Y no me refiero específicamente a los que habitan este lugar. Hablo de todos aquellos que no han comprendido que la mayor riqueza está dentro de nosotros mismos, y que allí podemos encontrar las huellas que nos guían en el camino del amor.

—¿Usted se refiere también a algunas personas que tienen mucho dinero pero les falta amor?

—Sí, también a ellas. Algunas buscan satisfacción mediante el confort material. Obtienen mucho dinero. Luego requieren de muchos guardaespaldas. Ellas necesitan bastante ayuda para resolver sus innumerables problemas. Debemos volver a la inocencia y la sencillez. No somos dueños de nada. Nada

nos pertenece. Hacemos parte de una naturaleza que nos cuida a pesar de las dificultades que le causamos. Sin embargo. ella no podrá resistir mucho tiempo nuestra ingratitud. Todos los seres humanos somos parte de esa naturaleza. No podemos seguir causándonos daño a nosotros mismos al hacer daño a nuestro hermano y a nuestra madre Tierra. Debemos comprender que el único enemigo que podemos llegar a tener está en nosotros mismos. Busco personas valerosas que se atrevan a enfrentarlo

—Y usted —le preguntaron—, ¿piensa luchar esa batalla? ¿Qué arma tiene que ofrecer?

—Sólo una, mi amor y mi sentimiento de solidaridad. Ya estoy luchando. Por este motivo reconozco a mi verdadero enemigo. En el pasado culpé a todos a mi alrededor por lo que me sucedía. Hoy, que estoy venciendo ese enemigo, comprendo que estaba oculto en mí mismo. Estoy erradicando la violencia de mi corazón. Ya no voy a seguir siendo violento conmigo mismo ni con los demás. Me declaro soldado de la paz.

Luego de esa entrevista, la fama de Zendor aumentó más. Para algunos parecía un personaje cómico, o algún loco que pretendía que el mundo se transformara. Otros, al hablar con él y conocerlo, lo consideraban alguien muy especial. El haber tenido un pasado difícil y lleno de privaciones, daba más credibilidad a sus palabras. Esto era algo que Zendor mismo había escogido vivir.

* * *

Las nubes cubrían el cielo y el ambiente gris creaba en nosotros algo de melancolía. Estábamos de nuevo en el embalse, pero en esta ocasión el sentimiento era diferente. Andrea nos acompañaba. Ella no quería verme nunca más, como se lo había expresado a Sergio, sin embargo, se sintió obligada ante su insistencia. Daniel también estaba allí.

Andrea evitaba mirarme y se sentía molesta al escucharme hablar. Aún me amaba profundamente y esto, contradictoriamente, le causaba dolor.

—El amor, en planetas de tercera dimensión —me decía mi guía—, a veces se manifiesta a través del apego. El padre y la madre se sienten dueños de los hijos, como si fueran una posesión que la vida les otorga, y no una oportunidad temporal para servir y ayudar a otros seres a crecer. Algunos de ellos sufren cuando sus hijos tienen que marchar a otro hogar, otra ciudad, otro país o trascender a otros estados. En la Tierra dan mucha importancia al amor entre la

pareja. Sin embargo, a veces lo ven también como una pertenencia y se consideran dueños uno del otro. Igualmente, si uno de ellos desea marcharse, esto les causa mucho dolor. Si encuentran a alguien con quien podrían compartir su vida, y lo consideran como el amor ideal, sufren si no logran mantener esa cercanía física. No comprenden que el amor se extiende más allá de las fronteras del espacio y del tiempo. Cuando estén unidos a la Creación, ese dolor causado por la aparente soledad desaparecerá, y se sentirán unidos a todos los seres de la naturaleza. Sentirán una unión plena y continua.

Daniel, ese niño inquieto y noble, se acercó y me dijo:

—Hemos venido en varias oportunidades a este lugar, pero no hemos vuelto a ver la nave espacial.

—Ellos no aparecen cuando uno lo desea, sino cuando es necesario —comenté—. Luego de aparecerse se crea cierta inquietud en los que han tenido esta experiencia; el mundo se ve diferente.

En ese momento, Zendor cruzó una mirada conmigo. Sabía que me refería a él. En su caso, ese había sido el motivo principal del avistamiento.

—¿Tú crees que se dejen ver otra vez?

—No sé, Daniel. No sé.

—Me gustaría subirme a su nave y que me den una vuelta por las estrellas.

—Eso sería maravilloso —le dije.

Andrea que nos escuchaba sin hacerse notar, entró en nuestra conversación. Sentí amargura en sus palabras.

—¿Por qué maravilloso? —preguntó—. ¿Acaso es importante ir al espacio? ¿Son importantes los extraterrestres?

No respondí nada. Tan sólo la observé con dulzura y compresión.

—No sabemos quiénes son —continuó—. Ellos se esconden, son muy misteriosos. No puede esperarse algo bueno de alguien tan misterioso.

Zendor se acercó a nosotros, y con delicadez le dijo a mi amiga:

—Ellos, los extraterrestres, son simplemente seres del cosmos. Son seres como tú, como Luis Carlos, como Daniel o como yo. No hay misterio en esto.

Tan sólo que han tenido que vivir más experiencias que nosotros y por ello han alcanzado niveles más altos en tecnología y en crecimiento espiritual. Ellos son tan especiales como tú.

—Y tú, Andrea —agregué a las palabras de mi amigo cósmico—, eres muy especial. Tú no necesitarías observar una nave o subirte en ella para llegar a las estrellas. Tú brillas por ti sola. Tú ya eres una estrella luminosa…

Ella se enfureció, se puso de pies y se alejó de nosotros. Era extraño sentir esa mezcla de amor y desencanto.

Zendor se me acercó por un costado y me abrazó.

—Ten paciencia —me dijo—. Ella te ama mucho.

Zendor no sabía que pronto me marcharía. Aún no le había comentado esto. Sin embargo, sabía que él no se sentiría mal por mi partida, pues nuestra amistad había alcanzado un nivel profundo de amor desinteresado. El día de nuestra separación, como la de un padre con su hijo, cada uno de nosotros nos desearíamos suerte y marcharíamos por caminos diferentes.

Al cabo de unos minutos me acerqué a mi amiga. La encontré sentada al borde del arroyo. El sonido del agua llevaba las mil gotas de las lágrimas que ella no quería dejar salir de su interior. Ella estaba abstraída en sus propios pensamientos.

—¿Puedo acercarme? —le pregunté.

Ella me observó. Guardó silencio por un momento, que pareció una eternidad. Finalmente me dijo:

—Si quieres.

Me senté cerca de ella. Los dos contemplábamos el paisaje que nos rodeaba. Había varios pinos que nos recubrían con su espeso follaje. Hacía más frío que en otras ocasiones.

—Es curioso —me dijo ella —. Aquí estuvimos los dos, juntos. Ese fue un día muy especial para mí.

—Sí, también recuerdo ese día. Fue muy hermoso —le dije—. Recuerdo que no quería verte más y, sin embargo, quería estar contigo. Tenía temor de enamorarme de ti.

—¡Y la que se enamoró fui yo! —me respondió—. Debí haber respetado tu deseo de mantenerte alejado de mí.

Respiré profundo, sintiendo el aroma del bosque húmedo y el aire puro.

—Andrea, en aquella ocasión te dije que tendría que irme pronto. Tú querías estar conmigo el poco tiempo que nos quedara.

Ella suspiró y dijo:

—Sí, tienes razón. Yo acepté las condiciones. Sólo que en ese momento no pensé que llegara a ser tan doloroso.

Me levanté y me senté frente a ella. La observé a sus ojos. Ella no pudo quitar su mirada de la mía.

—Amiga mía —le dije—. Ya sabías que tendría que irme. En tu vida siempre la gente vendrá y se irá cuando llegue el momento.

—Como mi hermano, ¿verdad?

—Así es. Debes comprender que todo en el mundo de apariencias es efímero. Puedes ver cómo las plantas viven y luego mueren; el día muere al llegar la noche. Las nubes pasan, se van y no regresan; los seres que amamos, algún día deben marcharse. Todo parece desaparecer. Sin embargo, en el mundo real, aquel que no está claro ante tus ojos, pero sí a tu corazón, todo es eterno, todo cambia y se transforma, todo evoluciona.

Hice una pausa. Observé un destello de esperanza dentro de sus ojos profundos y transparentes, aquellos que muestran esa belleza interior que fluye desde lo más íntimo del ser. Luego continué:

—Estás triste porque debo irme. Debes comprender que aparentemente nuestra amistad y nuestro amor finalizará, sin embargo, en el mundo real estaré siempre contigo. Estaré dentro de ti y tú dentro de mí. Somos hermanos cósmicos, aquellos que nunca pueden separarse a pesar de que lo intenten. Aunque deba irme muy lejos, estaré siempre contigo. Basta con que pienses en mí, con que sientas el aire puro, el amor de la gente o la belleza y poder de la naturaleza, en ese momento estaré en ti. Si tienes tristeza, si te sientes sola o tienes cualquier dificultad, simplemente piensa en mí; estaré en tu corazón y mis pensamientos estarán junto a los tuyos. Siente que soy alguien muy especial. Y soy especial porque soy parte de ti y los dos somos parte de la Creación. Esa

energía universal nos une. Ella es más poderosa que cualquier barrera que quieras fijar en tu mente.

Observé en ella cómo su ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Nos abrazamos, como lo habíamos hecho antes.

—Discúlpame —me dijo—. Me he alejado cuando más cerca de ti debería estar.

—Yo siempre estoy y estaré contigo. Puede ser que en el futuro ya no me veas a tu lado, pero cuando esto pase, más cerca estaré de ti.

Ella se soltó por un momento de mí. Se limpió las lágrimas que llenaban su rostro. Me miró directamente a los ojos. Sentí cómo su energía entraba en mi mente y allí buscaba las respuestas a sus interrogantes.

—¿Nunca me vas a decir quién eres? Tú no eres Luis Carlos. Ni siquiera eres alguien que se parezca a mi hermano; eso es sólo una fachada. Tu aspecto es muy humilde, sin embargo, dentro de ti hay una gran sabiduría que pocos tienen. A veces pienso que ni siquiera eres humano.

Me di la vuelta. Caminé unos pasos. Observé todo el lugar. Respiré y traté de percibir en la naturaleza algún mensaje secreto que me hiciera saber si debería confesarle o no mi origen y mi propósito en la Tierra. Una intuición muy fuerte me decía que debía manifestarle algo. Debería abrir ligeramente la puerta y permitirle ir asimilando la verdad.

—Andrea —le respondí—. Tienes razón en muchas cosas que dices de mí. Debo decirte que hoy en día me siento más humano que antes. Soy un ser como cualquier otro. No veas grandes diferencias, que en realidad no existen.

Me dirigí hacia ella y la observé directamente a sus ojos.

—Vengo de muy lejos. Vengo del espacio exterior. Mis amigos del espacio siempre están observándome, como lo hacen en este mismo momento.

Ella se dejó caer sobre sus pies. Quedó sentada sobre la hojarasca de los pinos, que formaban un suave colchón. Allí se mantuvo en silencio, meditando en lo que acababa de decirle. Otra persona habría pensado que yo era un demente. Sin embargo, ella ya había visto y experimentado tantas cosas extrañas; esto no la sorprendió demasiado.

—¿Y dónde dejaste tu nave espacial? —me preguntó, con cierto humor nervioso.

—Está en órbita alrededor de la Tierra —le respondí sonriendo.

—¿De qué planeta eres tú? ¿Cómo es allá?

—Soy un ser del Cosmos. Allí no tenemos divisiones ni fronteras, y convivimos en paz y armonía. Todos somos parte de la misma hermandad.

Cualquiera que hubiese pasado por allí, se habría extrañado del contenido de nuestra conversación. No era propiamente un tema cotidiano.

—¿Puedo ir a visitarte?

—Algún día lo harás —le respondí—. Debes estar preparada para eso. No es fácil al principio. Pero es aún más difícil regresar; no querrías volver.

Ella nuevamente se puso de pies. Me observó y me preguntó:

—¿Cómo te llamas? Al menos debo saber tu nombre, hombre del espacio.

—Jendua, mi nombre es Jendua.

Ella dio dos pasos hacia atrás. Este sonido la dejó perpleja.

—¿Jendua? Ese nombre lo he oído antes —dijo.

Estuvo recordando. En su mente vi abrirse ciertas imágenes de algunos recuerdos lejanos.

—Fue en un sueño. Por su puesto, ya lo recuerdo. Tú y yo caminábamos por una playa. Fue el sueño más bello que jamás he tenido. Me sentía feliz por estar contigo. En el sueño te llamaba por ese nombre. Eras Jendua.

Me acerqué más a mi amiga. Extendí mis manos hacia ella. Me observó y me abrazó con mucha fuerza.

—Eras tú —comprendió—, eras tú. Siempre has sido tú.

Permanecimos allí, abrazados. El bosque en su silencio se regocijaba por nuestra unión. Los arboles, con su canto mudo que producía el aire entre sus ramas, nos saludaban. Nuestra energía llenaba todo el lugar. Éramos nuevamente

un sólo ser. Nos habíamos reencontrado. Estábamos muy lejos de casa…, era otro lugar…, otro ambiente…, otro tiempo…, el mismo amor.

—Estaré siempre contigo —le dije—. Mi amor te acompañará siempre.

En ese momento los rayos del sol penetraron por entre las ramas. El bosque se iluminó. El día se había transformado.

* * *

Los días previos a mi regreso fueron muy alegres. Jensua volvía a ser mi amiga y nos manteníamos hablando todo el tiempo sobre temas del espacio y la evolución humana. Ella quería saber más y más. Sin embargo, tenía que ser prudente y darle la información poco a poco.

En mi amiga ocurría una transformación muy acelerada. Ella, como Zendor, estaba despertando y dándose cuenta del por qué de su presencia en el planeta. Ya sabía de su origen cósmico. Comenzaba a recordar algunos lugares del espacio donde habíamos vivido juntos. Muchas veces, en su vida actual, ella se había sentido desadaptada, como si no perteneciera al mundo. Ella no entendía por qué sucedían ciertos hechos de violencia. Ella tenía deseos de "bajarse del planeta" e ir a otro lugar. Sin embargo, no era consciente de la razón. Hoy ya entendía por qué sentía esto. Éramos una pareja hablando de la vida en otros planetas y de distintos estados evolutivos

Mi guía me explicó más claramente lo que sucedía con Jensua y la razón de mi presencia allí.

—Amigo mío —me dijo—, parte de tu misión era despertar a Zendor. Esa fue la razón principal por la que te sugerimos ir a la Tierra. Sin embargo, había otra misión oculta que sabíamos que podrías completar. Se trataba de despertarte a ti mismo. Ya recuerdas a tu amiga Jensua y ella te recuerda a ti. Ustedes dos pueden continuar ayudando al planeta y hacer más fácil la transición al nuevo estado. Jensua decidió nacer en la Tierra y prepararse para este momento. Desde hace varios siglos, ella ha venido teniendo diferentes vidas y aprendizajes. Tú has recibido instrucciones en el espacio, visitando distintos mundos. Ustedes juntos, con las experiencias diferentes que han recibido, tienen un conocimiento muy amplio que puede permitirles ayudar efectivamente a la humanidad. Deben comprender que no son únicos. Como ustedes dos, hay una gran cantidad de seres en la Tierra que están realizando labores similares. Ustedes tienen la gran ventaja de estar despiertos y ser conscientes de lo que están haciendo y llevar a cabo su tarea desde los dos extremos, el exterior y el interior que se unen a

través de ese puente de luz que ya se ha creado. Ahora conforman un camino entre lo cósmico y lo terreno.

—Cuando regreses al espacio —me dijo— podrás mantener comunicación telepática con tu amiga. Podrás guiarla y tú aprenderás de sus experiencias en la Tierra. Ella, junto a Zendor, estarán ayudando a crear el despertar de todos los seres de la humanidad. Llegará el día, en que todo lo que debe conocerse será conocido sobre la superficie terrestre. Sin embargo, días difíciles vendrán para sus habitantes. El amor profundo y sincero será el escudo que los proteja contra las adversidades. Todo es parte del proceso de transformación.

—Muy pronto —me dijo— la percepción del concepto del tiempo será diferente. El tiempo en tercera dimensión es una línea recta, donde existe un pasado remoto y un futuro incierto por venir. En el nuevo estado, tal como se percibe en la dimensión del espacio, es un plano donde el punto central es el más importante. Los seres de la Tierra sentirán un continuo presente. Ya el pasado no será lejano ni el futuro incierto. Actualmente, está produciéndose un cambio gradual en el tiempo. Los seres humanos tienen la sensación de que cada día marcha más rápido: los años parecen ser más cortos y los días se vuelven efímeros. Esto es un proceso natural de cambio. El día en que el tiempo se vuelva nulo, habrán pasado a la cuarta dimensión. En ese momento, el nivel de conciencia será mayor y se sentirán conectados entre sí, en un continuo y presente instante de felicidad interior.

* * *

—¿Entonces, te marchas? —me preguntó mi amigo Zendor.

—Sí, Sergio, tengo que marcharme ya.

—Te voy a extrañar —me dijo—. Has sido como un hijo para mi y a la vez has sido como un padre que me ha enseñado cosas hermosas.

—Gracias. Estaré pensando en ti —le dije.

—Espero que al sitio donde vas encuentres cosas maravillosas. Eres alguien especial y sé que harás grandes cambios en los demás.

Zendor no sabía, al menos no conscientemente, que no soy humano. No me era permitido revelárselo.

—Desde que llegaste —continuó diciéndome— mi vida cambió completamente. Llegaste como un ángel caído del cielo. Quiero que sepas que siempre serás mi amigo.

Me lancé sobre él y lo abracé fuertemente. Me sentía muy feliz de haber conocido a Zendor. Lo admiraba por su inmenso valor de haber decidido descender a mundos como este y convivir con las dificultades. También sabía que debería enfrentarse ahora a otro tipo de pruebas en su trabajo. Cuando se pretende hacer un cambio, siempre surge la resistencia; él tendría que afrontar esa resistencia.

Ese mismo día fui a la casa de Andrea y me despedí de sus padres y de quienes trabajaban en ese hogar. Todos habían sido muy amables conmigo. Me habían hecho sentir como un miembro más de su familia.

Con ellos fue fácil decir adiós. Sin embargo, con Daniel, mi joven amigo, fue más complicado. Al despedirme de él, recordé las dificultades que vendrían para la Tierra. Lo sentía tan indefenso en un mundo agreste. En ese momento quise llevármelo conmigo. También quise llevarme a todos los niños del mundo hacia el espacio. Me consolaba saber, que en caso de una emergencia total en el planeta azul, y de requerirse hacer una evacuación, los niños serían los primeros en ser puestos a salvo.

—No te vayas, por favor —me dijo, mientras lloraba apoyado sobre mi hombro.

—Debo hacerlo —le respondí—. Pero me hallaré cerca de ti aunque no me veas. Cuando mires por la noche las estrellas, imagina que me encuentro en una de ellas. En ese instante estaré en tu corazón. Estoy seguro de que algún día nos veremos nuevamente.

Daniel, como me lo había explicado mi guía, sería clave en la misión. Él, en unos años, cuando la Tierra fuera entrando en su nuevo nivel, sería uno de los líderes espirituales que guiaría la humanidad por la nueva senda. Daniel poseía mucha experiencia adquirida en otros lugares del cosmos. Aplicaría su conocimiento en su vida actual. De alguna manera estaría protegido por las fuerzas de la naturaleza. Adicionalmente, ya se lo había encomendado a mi amiga.

Jensua y yo salimos de la ciudad. Como habíamos convenido, y con la autorización de la confederación, me acompañaría a mi partida hacia el espacio

Nos dirigimos a la laguna del cráter, donde la última vez fui recogido. Llegamos a ese lugar y parqueamos el vehículo. Armamos una carpa y pasamos allí esa noche. Jensua estaba muy nerviosa y la vez triste por mi partida.

—Espero que regreses —me dijo.

—Estaré contigo siempre —le respondí—. Me escucharás y te comunicarás conmigo cuando ya esté en el espacio exterior. Espero de vez en cuando poder verme contigo. Tenemos mucho que hacer. No abandones a Sergio, necesita mucho apoyo. Habrá varias personas que, por su ignorancia, pretenderán hacerle daño. Afortunadamente él es muy fuerte y sabrá resistir esa presión.

—Así lo haré.

—Debo decirte —le advertí— que Sergio no debe saber aún de nuestro origen extraterrestre. No se lo digas a nadie. Manténlo como nuestro secreto.

Estuvimos meditando y armonizando nuestro cuerpo. Yo prácticamente no necesitaba un acondicionamiento para regresar, pero mi amiga sí debía aquietar su mente, reducir el nivel de ansiedad y prepararse para soportar la radiación por la cercanía a una de nuestra naves.

Hacia las cuatro de la mañana sentí el mensaje del comandante. Estaban listos para recogerme nuevamente.

Nos alejamos de la carpa y llegamos cerca de la orilla del lago. Detrás de las montañas vimos un brillo intenso que crecía. Todo se iluminó y perecía de día el ambiente a nuestro alrededor.

Sentía que Jensua estaba muy nerviosa. En su mente, aunque ya habíamos hablado de todo esto, y supuestamente estaba preparada, sentía mucha angustia. Todo lo que ella sabía de mí, y que por momentos le parecía sólo una fantasía, se hacía realidad ante la aparición de la nave.

Me acerqué a ella y la abracé. La envolví con mi aura y esto la tranquilizó.

De la nave, que ahora estaba a unos cien metros de elevación, salió un rayo de luz verde que nos cubrió. Con él, ella se tranquilizó aún más. Sentimos una paz infinita. Éramos un solo ser envuelto en esa radiación. Nos besamos y nos deseamos suerte.

Caminé unos pasos al frente, alejándome de mi amiga. Un rayo de luz dorada que venía desde la nave me cubrió plenamente. Mi aura era ahora visible ante sus ojos. Un gran resplandor me cubría.

Comencé a sentirme más liviano y me fui elevando.

—Te amo mucho Jensua —le dije mentalmente. Ella escuchó claramente estas palabras en su interior. En ese momento comprendió que estaríamos comunicándonos de esa forma de ahora en adelante.

Fui subiendo hasta la nave. Entré en ella y de nuevo estaba con mis amigos. Jensua nos observaba desde abajo. Elevamos el nivel vibratorio de la nave y nos internamos en la cuarta dimensión. Ella permaneció largo tiempo allí, contemplando las estrellas y agradeciendo a la Creación por ese instante. Quizás estaría haciendo un balance de su vida y de todo lo que estaba pendiente por realizar. Estaría pensando en todo lo que le advertí sobre el futuro de la humanidad y la inminente necesidad de efectuar un cambio, ese cambio interior que cada ser debe afrontar.

Al subir sobre el planeta, y observarlo desde su órbita, sentía la conexión con todo el universo. Sentí al planeta como un ser frágil. Sentí a todos sus habitantes. Un amor infinito me unía ahora a todos ellos.

Hoy que escribo esta historia, recuerdo cada instante y cada situación que viví junto a los que amo. Hace varios meses llegué como un extraterrestre a la Tierra. Hoy que he regresado a mi lugar de origen, me siento como realmente soy: un ser del cosmos. Me siento más humano que nunca. Todos somos seres de la misma Creación. Somos hermanos cósmicos, habitando un universo construido con átomos de amor infinito.

Jensua y yo mantenemos una comunicación continua. He sabido que Zendor va bien. Algunas personas se burlan de él, otras lo apoyan. Él ha escrito ya un par de libros y está dejando una huella profunda en la sociedad.

—Todos los seres estamos interrelacionados —me dice con frecuencia mi guía espiritual—. Esa interconexión permite que un pequeño cambio pueda llegar a crear una gran transformación.

Y sé que Zendor está, como muchos seres en actividades similares, haciendo esos pequeños cambios, que unidos entre sí van a crear la gran transformación.

En la Tierra han ocurrido algunos conflictos internos, desórdenes climáticos y algunos desastres naturales. Sin embargo, estamos seguros de que esto pasará pronto y que la humanidad podrá avanzar hacia su nuevo estado. Cada cual sacará sus propias enseñanzas por todo lo que ocurre y ocurrirá.

Hoy pienso en todos aquellos que aún están ajenos a su verdadera esencia. Este no es un mensaje para convencer incrédulos, es un llamado de alerta para despertar dormidos. Les deseo que su mente se abra y encuentren las respuestas a sus interrogantes. Les deseo a todos mucha suerte en su misión individual, como parte de la misión global de ayuda a la Tierra. Quisiera que sepan que estoy con ellos y que todos juntos hacemos parte de la Creación.

Hoy me siento alegre. Estoy muy agradecido de haber conocido la Tierra, ese bello y frágil planeta.

INDICE

La búsqueda	5
Una nueva familia	10
Zendor	22
El despertar	38
Los mundos superiores	55
El regreso	72